

UN COMENTARIO MEDITATIVO
SOBRE
EL CANTAR DE LOS CANTARES

P. Steven Scherrer

Humocaró, Venezuela

Tomo I
Versión corregida
21 de julio, 2006

PREFACIO

El método de interpretación usado en este comentario meditativo, aunque raro hoy en día, fue el método normal de los Padres de la Iglesia y de los monjes medievales. Es un método que combina teología, espiritualidad, y exégesis de un texto bíblico, interpretando este desde el punto de vista literal del autor humano y del autor divino, sirviéndose de la plenitud de la revelación del Nuevo Testamento, para profundizar el significado profundo del texto desde la intención del autor divino.

Estoy convencido, en armonía con toda la tradición antigua de los Padres y de los monjes medioevales, que la intención literal del autor humano, y también del autor divino en el Cantar de los Cantares es la de profundizar la relación amorosa entre Dios y su pueblo, entre Dios y el creyente, usando la analogía del amor humano.

Por ello he tratado de describir la riqueza de la dicha relación entre Dios, Uno y Trino, por una parte, y nuestra alma, por otra parte, partiendo del texto bíblico señalado del Cantar, sirviéndome de la reflexión teológica y de una sensibilidad espiritual.

I

*“¡Oh si él me besara con los besos de su boca!
Porque mejores son tus amores que el vino” (Ct 1, 2).*

El Cantar de los Cantares es una colección de poemas de amor entre dos esposos. Es parte de la Biblia porque siempre ha sido interpretado espiritualmente como un cántico entre Dios y el alma creyente, o entre Dios y su pueblo en el sentido que los profetas hablan del amor entre Dios e Israel, como el amor entre esposos. Esta es la interpretación que la liturgia cristiana y los escritores espirituales también han dado a este libro; y esta es la interpretación que yo seguiré en este comentario.

En este primer versículo la esposa habla con las hijas de Jerusalén, sobre su esposo, y después ella se dirige directamente a su esposo. Ella anhela los besos de la boca de su esposo, y dice que son mejores que el vino. Hay varios tipos de besos. Hay besos en el aire, una forma gentil y respetuosa de saludar a una persona. Hay besos en la mejilla, que es un poco más íntimo, pero todavía muy respetuoso y guarda una distancia correcta entre personas. Y finalmente, hay besos en la boca, en los labios, que son los besos más íntimos y que encienden el corazón del otro con el fuego de amor. Estos últimos son los besos de amantes y amados, los besos íntimos de esposos, en los cuales corren olas de amor apasionado. Estos son los besos del amor apasionado. Son los tipos de besos que ella quiere de su amado.

A este punto parece que estos dos amados son todavía novios, visitándose sólo de vez en cuando. Por eso la novia tiene tanto deseo y anhelo de ser besada con besos íntimos y apasionados de la boca, de los labios de su amado.

El amado es Dios. La novia somos nosotros. En este tiempo somos todavía sólo novios. Todavía no estamos casados con Dios. Él nos visita sólo de vez en cuando y enciende el amor de nuestro corazón, haciéndonos anhelar siempre su amor para que nunca estemos separados de él; pero todavía no hemos llegado a este punto de estar siempre unidos con él. Esto vendrá más tarde; pero un día, si la novia permanece fiel, ella va a llegar a este gran gozo de su corazón de vivir siempre con su amado en el pacto santo del matrimonio. Entonces el amor que ella siente ahora sólo de vez en cuando estará con ella la mayoría del tiempo; y la luz y resplandor, que ella ve en su amado y que la llena con luz y amor, va a estar con ella con mucha frecuencia —aunque no siempre con el mismo brillo— y ella va a vivir un día la mayoría del tiempo iluminada y llena de la luz de Dios en su mente y corazón. Por ahora ella puede vivir en la esperanza de ver este día.

Pero sólo va a llegar a este día si ella escoge el camino estrecho y angosto de la vida, el camino del desprendimiento. No hay otro camino con el cual ella pueda llegar a este punto, y personalmente, yo creo que son pocos los que llegan a este punto, porque son pocos los que están de acuerdo en dejar todo lo de esta vida y vivir sólo para Dios como su único amor, alegría, y gozo.

Sí, hay ciertos placeres que son inevitables. Tenemos que dormir y esto nos da un cierto placer, pero es inevitable y necesario. Tenemos que comer cosas sencillas y básicas para sostener la vida, y estas también nos dan placer, pero esto también es inevitable y necesario. Pero fuera de las cosas necesarias para sostener la vida, si queremos ser entre los pocos que

llegan a las bodas espirituales con Dios, tenemos que renunciar a todo lo demás. Es decir, si somos monjes estrictos, por ejemplo, debemos comer sólo las cosas las más básicas. Tradicionalmente los monjes estrictos no comían ni carne, ni condimentos, excepto la sal, ni azúcar, ni harina blanca, ni fritura. Debemos renunciar a paseos en el mundo por placer, el cine, la televisión, la radio, música seglar, y libros seculares. Debemos renunciar a visitas a las casas de nuestros padres y amigos, y limitar drásticamente sus visitas a nosotros. Quizás una vez al año para los padres, si ellos quieren venir, sería suficiente. Y debemos vivir en silencio, trabajo, y oración; en lectura espiritual, *lectio divina*, y el oficio divino. También necesitamos mucho tiempo en oración silenciosa, quizás usando una oración jaculatoria, como la oración de Jesús, para impedir distracciones y centrarnos en Dios. Viviendo así, podemos esperar que un día, cuando Dios quiera, llegaremos al punto de ser como casados con Dios, y no más sólo como novios con él. Pero ante de que llegue este tiempo, anhelamos los besos de su boca, es decir la experiencia íntima de su amor, llenando y regocijando nuestro corazón.

Para llegar a este estado espiritual de ser como casados con Dios, viendo la mayoría del tiempo su luz brillante en nuestra mente y corazón, tenemos que ser purificados del mundo y sus placeres, y esto incluye los honores y la vanagloria del mundo, como también toda búsqueda de nosotros mismos en un sentido mundano. Esto es porque Dios quiere todo el amor de nuestro corazón. Él quiere ser nuestro único maestro y Señor. No podemos servir a dos señores, a Dios y al mundo. Como san Pablo, tenemos que considerar todo el mundo como “pérdida” y “basura” para ganar a Cristo (Fil 3, 7).

Tenemos que ser como el hombre que descubrió un tesoro escondido y se fue y vendió todo lo que tenía para poder comprar el campo y obtener el tesoro (Mt 13, 44-45). Dios es este tesoro, que se obtiene sólo al precio de todo lo demás.

Si tratamos de amar a Dios y también disfrutar de los placeres mundanos, nuestro corazón estará dividido y no podremos amarlo como él quiere, con todo nuestro corazón, mente, y energía. Estaremos divididos, y él quiere un corazón indiviso, sólo para él. No quiere que dividamos nuestro amor, interés, y atención con ninguna otra cosa o persona.

El vivir así es una gran aventura de mucho gozo y gran luz interior. Sin esta orientación sólo hacia Dios, y renunciando al mundo, podemos recibir *de vez en cuando* —es decir: raramente— favores de Dios en la oración, pero la mayoría del tiempo estaremos en oscuridad y sin tranquilidad, sin el fuego de Dios brillando la mayoría del tiempo con su resplandor magnífico en nuestra mente y corazón. Seremos así siempre sólo como novios, gozando de estos besos breves en la boca sólo de vez en cuando; y el resto del tiempo anhelando con tristeza la próxima reunión con el amado.

Por eso si queremos *más* que esto, tenemos que purificarnos completamente del mundo. Tenemos que hacer más que simplemente renunciar a todo placer innecesario, tan grande e importante como esto es. También tenemos que ser purificados aun del *deseo* para estos placeres y honores mundanos —es decir: nuestra *voluntad* tiene que ser purificada. También tenemos que *olvidar* el mundo. Si siempre estamos recordando y deseando el mundo, nuestra *memoria* y nuestra *voluntad* todavía *no* son purificadas suficientemente para disfrutar la mayoría del tiempo de la luz divina en nuestro interior. Y si siempre estamos *pensando* en estas cosas, esto significa que tampoco nuestro *entendimiento* ha sido purificado suficientemente. Necesitamos tiempo, después de renunciar al mundo, hasta que todas las potencias de nuestra alma (entendimiento, voluntad, y memoria) sean completamente purificadas del mundo. Sólo entonces estaremos listos y preparados para ser como personas casadas con Dios, y no sólo novios con él.

Es una cosa el recibir favores en la oración; y es completamente otra cosa vivir la mayoría del tiempo en la luz divina. Esta segunda cosa es algo mucho más alto, y requiere más preparación y purificación. Requiere la renovación completa de toda nuestra vida. Requiere un totalmente nuevo modo de vivir en este mundo. Requiere la santidad.

Cuando empezamos a disfrutar la mayoría del tiempo de esta luz divina dentro de nosotros, iluminándonos y regocijándonos, entonces viene a ser muy fácil el renunciar a cosas que al principio fueron muy difíciles de renunciar. Esto es porque esta luz pura y bella de Dios en nosotros nos da una repulsión instintiva y una repugnancia hacia las cosas mundanas, que nos parecerán groseras, crudas, y profanas, cosas que disminuyen, extinguen, y destruyen esta bella vida interior, esta luz divina.

Cuando hablamos de estos besos íntimos en los labios, estamos hablando de dos cosas diferentes. Estamos hablando: 1) de favores dados de vez en cuando en la oración, y 2) de un estado nuevo de vida que es como el estado de matrimonio con Dios en comparación con nuestro estado anterior de noviazgo.

Podemos tener aun grandes favores en la oración, la oración de quietud y la oración de unión en que todos los sentidos y potencias del alma están suspendidos, pero todavía permanecer sólo como novios con Dios, porque estamos todavía apegados al mundo. Sólo cuando seamos completamente desprendidos y purificados del mundo, podremos entrar en este estado más alto, que es un estado de estar como casados con Dios, viviendo la mayoría del tiempo en su luz.

Esta luz no es tan brillante como la luz de la oración de quietud, y ciertamente no tan grande que la luz que vemos brevemente en la oración de unión, pero es un estado constante y continuo de amistad profunda con Dios, como el de los casados. Entonces en este estado continuo de amistad vienen, de vez en cuando, estas otras experiencias más intensas de luz (es decir: las experiencias de la oración de quietud o de unión). Estas experiencias más intensas tienen, entonces, el efecto de aumentar más aún la iluminación de Dios que ahora es nuestro estado normal y continuo. Yo creo que este es comentario suficiente sobre el versículo “*¡Oh, si él me besara con besos de su boca!*” (Ct 1, 2)

II

“Porque mejores son tus amores que el vino” (Ct 1, 2).

Ahora la novia está comparando este amor divino con uno de los mejores placeres de este mundo: una bebida de buen vino. ¿Qué nos da el vino? Nos da mucho placer. Tiene una fragancia dulce y agradable. Tiene una apariencia brillante y fúlgida. Es diáfano y traslúcido, como cristal, y la luz del sol puede pasar por él e iluminarlo espléndidamente. Es deslumbrante en su apariencia y refulgencia. Tiene un sabor delicioso de suave dulzura, muy refinado y exquisito. Entonces cuando lo tomamos, él nos calienta interiormente. Todo nuestro interior está calentado, estimulado, y lleno de placer. Después de esto, nos sentimos suaves, moderados, y relajados, en un estado de bienestar. Es como si todo nuestro interior está brillando e irradiando una luz suave y madura, y nuestra alma se siente feliz y alegre. Somos como iluminados. Esto es el bien que nos da un buen vino. Y ¿qué dice el texto? “...*mejores son tus amores que el vino*” (Ct 1, 2). Parece que nada puede ser mejor que el vino. Pero todo el mundo sabe que el verdadero amor entre un hombre y una mujer es mucho mejor que todo el placer que nos puede dar el vino.

Así también el amor entre Dios y el alma es mucho mejor que el vino, y aun que todo amor entre hombres y mujeres. Nosotros somos esta novia, reflexionando sobre la belleza de nuestro amor con Dios, y sabemos que es mucho más grande que la belleza del vino. Es radiante y resplandeciente. Nos da una luz refulgente y brillante, más bella que el sol. Su sabor es dulcísimo y con ningún sabor terrestre se puede comparar. Es un sabor santo, ferviente, y purísimo, muy sutil y bellísimo. Una vez gustado, ningún sabor terrestre se puede compara ni satisfacer como esto. Su sabor mata nuestro interés en todos los otros sabores. Desde ahora en adelante queremos guardar nuestro paladar limpio y puro de sabores ajenos para siempre gustar plenamente de este sabor celestial. Y cuando el vino de este amor divino entra dentro de nuestro ser, él nos transforma, diviniza, y llena de luz celestial y de una paz que no es de este mundo. Nos llena con el mismo Dios, y nos une con él. Este es el cumplimiento de todo nuestro ser. Nada de este mundo puede compararse con esto, sobre todo cuando lo experimentamos en la oración de quietud o en la oración de unión. Es algo no de este mundo. Sin duda alguna, “*mejores son tus amores que el vino*” (Ct 1, 2).

III

*“Qué suave el olor de tus unguentos,
Tu nombre es como unguento derramado;
Por eso las doncellas te aman” (Ct 1, 3).*

La novia aquí está alabando el olor suave de los unguentos de su novio. El mismo *nombre* de su amado tiene una dulzura y suavidad como unguento. Él nos atrae. Sobre todo las doncellas están enamoradas de él. Aun su *nombre* les hace desmayarse de alegría y amor.

Así es entre nosotros y Jesús. ¡Qué dulce es su amor, es como una botella de perfume cuando está derramándose! No se puede escapar de su aroma que llena toda la casa. Cuando Jesús nos visita con sus dulces favores en nuestra oración, es así. No queremos hacer nada que puede disminuir o extinguir este encanto, esta suavidad y gran dulzura interior. Sobre todo no queremos hablar ni comer en este tiempo, porque sabemos que estas cosas normalmente nos bajan espiritualmente.

Pero hay otra forma de dulzura también en Jesús que es más constante, aunque menos intensa. Esta es la dulzura que experimentan en la alegría de su corazón los que han renunciado a toda dulzura creada y ya se han purificado de esto. Ellos viven en la luz y en paz. Poco puede perturbarlos por mucho tiempo. Su interior está la mayoría del tiempo lleno de luz y alegría espiritual. Y ellos viven en espíritu en una visión del futuro, cuando Jesucristo se manifestará en su venida gloriosa con todos los santos en gran luz para cumplir todo y llenar el universo de su gloria. Es esta esperanza bienaventurada, junto con la presencia actual de Cristo en su corazón, que tanto ilumina su vida. Su iluminación interior tiene dos fuentes: una presente y actual; y la otra futura, pero no menos real. Así Cristo habita en sus corazones, dándoles una esperanza viva y vivificadora, llenándolos con gozo espiritual y ganas de unirse aún más con él, y estar tanto más purificados y dispuestos para recibirlo cuando aparezca en toda su grandeza y esplendor.

Nosotros también somos como estas doncellas atraídas por el suave y dulce sonido de su nombre, “Jesús”. Viviendo diariamente y regularmente en esta dulzura, toda nuestra vida queda afectada y cambiada. Nos enfrentamos de una manera completamente diferente con los acontecimientos de la vida. Cosas que deleitan a otras personas ahora no nos deleitan, ni tienen ningún interés ni importancia para nosotros; y normalmente tratamos de evitarlas. Otras cosas, que espantan y entristecen a otras personas, nosotros las podemos aguantar con facilidad y sin tristeza ni turbulencia de espíritu. Evitamos deleites mundanos y corporales: banquetes, fiestas, y cosas de este tipo. Esto es porque sabemos que estas cosas disminuyen la dulzura que experimentamos en Cristo. Por otra parte, podemos aguantar insultos y humillaciones, porque sabemos que cuanto más humilde y humillados somos en este mundo,

tanto más somos amados por Jesucristo, y tanto más nos gozaremos de los deleites de sus suaves y dulces ungüentos. Si perdemos un trabajo prestigioso, por ejemplo, podemos aguantar esto en paz, sabiendo que así humillados, gustaremos más la dulzura de Jesús. Si personas importantes nos juzgan mal y nos entienden mal, aguantamos, porque sabemos que Jesús nos entiende muy bien y él nos recompensará por todo lo que sufrimos por él. La única cosa que no podemos aguantar es el violar nuestra conciencia al hacer algo que sabemos que es malo y contra la voluntad de Dios para con nosotros. Esto lo rehusamos completamente, y estamos dispuestos a aceptar con paz todas las consecuencias de nuestra acción, sabiendo que en todo esto Dios nos recompensará espiritualmente por todo lo que sufrimos por él.

Pero en todo esto, lo que tenemos la mayoría del tiempo es el amor interior de Jesucristo inhabitando en nuestra alma, llenando nuestro corazón con un sentido profundo de bienestar espiritual —esto, junto con la esperanza viva de su venida gloriosa, que siempre tenemos y que siempre nos inspira y nos regocija. Vivimos ahora de anticipación en espíritu en su reino futuro de gloria, paz, y amor por medio de la fe, la esperanza y la caridad; y esto nos llena de luz y alegría espiritual. Así somos felices en Jesucristo, nuestro Dios y Señor.

Por eso nosotros somos como las doncellas que aman al esposo, atraídas por la dulzura de su nombre y de sus suaves y dulces ungüentos. “*Oleum effusum nomen tuum*”. “Tu nombre es como ungüento derramado” (Ct 1, 3).

El olor suave de su novio llena la novia con bellos aromas de contemplación. De verdad, la contemplación cambia aun nuestro aliento y lo hace dulce, porque inhalamos y exhalamos a Dios y a su Santo Espíritu. Hay personas que rezan con su aliento, inhalando el nombre de Jesús, y exhalando una jaculatoria hasta que sienten la presencia de Dios aun en sus pulmones. “Como Cinamomo y aspálato aromático he exhalado perfume —dice la sabiduría divina— como mirra exquisita he derramado aroma, como gálbano y ónice y estacte, como nube de incienso en la tienda” (Sir 24, 15). Es así cuando uno recibe los favores del Señor. Estamos como elevados fuera de nosotros mismos, fuera de este mundo, y trasladados al reino de luz y de paz, que es como un jardín de especias raras y aromáticas. Ahí nos perdemos en la belleza que está alrededor de nosotros. Es como si hubiese flores fragantes y frutos dulces, y todo estuviera encantado, porque estamos con Dios. “Y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas” (Ct 7, 13). Si la sabiduría, que es una emanación pura de Dios, es tan llena de él que ella tiene el mismo aroma que él, así también nosotros nos llenamos de su fragancia divina que es la dulzura de la contemplación, de la oración de quietud y de la oración de unión, que nos deslumbran con su brillo y fulgor. Dios dice sobre nosotros cuando estamos perdidos así en su belleza y amor: “el olor de tu boca, es como de manzanas” (Ct 7, 8).

¿Quién puede sorprenderse de esto, puesto que el mismo esposo divino está goteando con dulces aromas? “Apresúrate, amado mío, y sé semejante al corzo, o al cervatillo, sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14). Él se llena con los mismos aromas de las alturas en que vive. Y la novia dice de él: “Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores: sus labios, como lirios que destilan mirra fragante” (Ct 5, 13). Él viene de los montes del Líbano, llenos de pinos, cedros, y cipreses, todos los árboles aromáticos que dan un suave olor que encanta el espíritu, un olor de las alturas con un frescor limpio y fragante. Dice de él la novia: “Su aspecto, como el Líbano, escogido como los cedros” (Ct 5, 15).

¿Cómo no puede exudar dulces aromas este esposo divino cuando él pasa su tiempo en prados llenos de fragancia? Él dice: “Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía; he recogido mi mirra y mis aromas, he comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido” (Ct 5, 1). Él está tan lleno de fragancia divina que es como una bolsita de mirra que la novia pone entre sus pechos y pasa la noche con esta dulzura unida tan íntimamente a sí misma, tan

cerca de su corazón. Ella dice de él: “Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos” (Ct 1, 13). Después de esta intimidad, ¿cómo no puede ella tener el mismo olor que su esposo? Él es para ella como un dulce fruto en su boca, y ella dice: “su fruto fue dulce a mi paladar” (Ct 2, 3). ¿Y cómo no puede él ser dulce al paladar de su amiga cuando él mismo es como un manzano? Ella dice de él: “Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes” (Ct 2, 3). Por eso, ella se desmaya de amor, languidece de amor, está enferma de amor, y quiere comer del mismo fruto que se asemeja a la dulzura de su amado. Dice: “Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas; porque estoy enferma de amor” (Ct 2, 5). Comiendo esta fruta que tanto le recuerda a su amado, el mismo aliento de ella prende el olor de él: “el olor de tu boca —dice su amado— es como manzanas” (Ct 7, 8). Y él mismo es “como el manzano entre los árboles silvestres” (Ct 2, 3).

Aun los lugares de nuestros encuentros amorosos están llenos de bellas fragancias de la contemplación, cuando Dios nos llena hasta el punto de explotar con la belleza de su amor, y no podemos contenerla, tan grande es. Ellos duermen juntos en un lecho de flores o en un lecho hecho de ramos tan verdes que brotan flores. Ella dice: “Nuestro lecho es de flores” (Ct 1, 17). Así dormimos con Dios en la contemplación perfecta de unión cuando estamos de verdad como dormidos, pero no dormidos, cuando los rayos deslumbrantes de su amor alumbran todo nuestro interior, y no sabemos cómo, porque nuestro entendimiento, voluntad, y memoria y todos nuestros sentidos están suspendidos y no funcionan. Y nosotros nos quedamos completamente perdidos en el océano del amor divino que nos inunda como olas de esplendor, translúcidas y diáfanas, llenas de luz. Estamos como amados enamorados, durmiendo en un lecho verde, brotando flores.

Aun la casa en que nos encontramos con Dios es magnífica y fragante, una casa verdaderamente imponente, perdida en los montes, y en medio de un bosque de árboles aromáticos. La misma madera, con que está hecha la casa es madera aromática, teniendo la fragancia del amor divino: madera de ciprés y de cedros. Ella dice —es decir, nosotros le decimos a Dios, nuestro amante divino— “Las vigas de nuestra casa son de cedro, y de ciprés los artesonados” (Ct 2, 17). Qué aguda para la contemplación son estas maderas viejas y dignas, de las cuales aun el incienso, con que incensamos el altar del sacrificio, es hecho, mezclado con otras especias aromáticas.

¿Y dónde está esta casa, excepto en un monte de árboles aromáticos, árboles de la mirra y del incienso? Por eso, el amado divino va allá a este lugar del encuentro con su amada, nuestra alma, y se queda ahí con nosotros durante todo nuestro tiempo sagrado dedicado a la oración, la *lectio*, y la contemplación. Él dice: “hasta que apunte el día, y huyan las sombras, me iré al monte de la mirra, y al collado del incienso” (Ct 4, 6). Y allí se va también la novia, es decir, nuestra alma, a encontrarlo y a pasar las horas de la noche, o mejor dicho, de la madrugada, en contemplación amorosa, llenas de aromas de su divinidad. Él resplandece en la noche y la hace más brillante que el día; y de verdad, cuando él está tan presente así, no hay noche, ni necesitamos ni la luz de lámparas ni la luz del sol ni de la luna, porque el resplandor de Dios nos ilumina con su refulgencia y su espléndido fulgor. Allí pasamos la noche en contemplación con nuestro amado, una noche sabrosa, llena de amor y exudando bellas y dulces aromas de mirra y del incienso, que las suaves brisas desprenden. Los aromas de los montes de árboles aromáticos se mezclan con el aroma de nuestra contemplación y el de nuestro aliento de manzanas, y cinamomo que exhalamos, desmayándonos del amor, lánguidos y enfermos de amor. Y decimos, “sustentadme con pasas, confortadme con manzanas; porque estoy enferma de amor” (Ct 2, 5).

Pero hay muchos otros refugios escondidos a donde la esposa —nuestra alma— se refugia para encontrar y pasar tiempo con el amado. Es como el refugio rocoso en que el hombre justo se escapa del mundo para encontrarse con Dios. De él Isaías dice: “Este habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras” (Is 33, 16). Tendrá allí su pan y su agua, comida básica que sostiene la vida con una ligereza espiritual que le ayudará a ver al Señor en la belleza de la iluminación de su propio espíritu. ¿Y qué verá desde allá, desde estas alturas? “Tus ojos verán al Rey en su hermosura —dice Isaías— y verán la tierra que está lejos” (Is 33, 17). Vamos lejos del mundo para el encuentro divino, para el encuentro amoroso con el amor de nuestra alma. Cuanto más lejos del mundo con sus distracciones y placeres podemos ir, tanto más dulce y fragante será nuestra contemplación de la luz divina que tanto nos alumbra e ilumina.

La dulzura de la contemplación nos atrae a estos lugares remotos. Es el olor de los suaves ungüentos del esposo de nuestra alma que nos hace querer dejar el mundo atrás y subir los montes en búsqueda del amor que nos llena de la misma fragancia y dulzura que tiene nuestro amado divino. Y ¿a dónde nos lleva este anhelo de la dulzura de la contemplación? Nos lleva al Líbano, y a sus bosques aromáticos de pinos, cedros, y cipreses. Ahí en el frescor y soledad de estos montes fragantes, nuestra alma se encuentra con Dios. El frescor y la fragancia de estos montes ayudan nuestra contemplación. Es como si entramos en otra dimensión, otro mundo, más puro y con un aire más refrescante y más limpio, lejos de los sonidos rudos y profanos, y más cerca de Dios, y desde allí, Dios nos llama y dice a nuestra alma: “Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía; ven conmigo desde el Líbano. Mira desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y del Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos” (Ct 4, 8). Allí ella se fue para encontrarse con Dios, y allí ella oye su voz llamándola, invitándola, amándola, llenándola con su amor y dulzura.

Ella misma ahora, sin duda, tiene la fragancia de estos montes remotos, de estas alturas, de estas cimas de luz. Y el esposo comenta sobre esto, diciendo: “Y el olor de tus vestidos, como el olor del Líbano” (Ct 4, 11). Exactamente como el olor dulce de los campos ha entrado en los vestidos de Esaú, con los cuales Jacob se vistió para engañar a su padre Isaac y recibir su bendición de primogénito, de igual manera nuestros vestidos se llenan con el aroma de la contemplación. Y dijo Isaac, bendiciendo a Jacob: “Mira, el olor de mi hijo, como el olor del campo que el Señor ha bendecido” (Gen 27, 27). Y dice el esposo: “y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano” (Ct 4, 11), es decir, el olor de las alturas donde Dios se encuentra con los hombres, con los que han dejado al mundo y suben al encuentro del Señor en soledad y amor.

Nuestra alma se puede refugiar también en un risco, como un águila. Para seres humanos, lugares tales son imposibles de acceso, pero para un águila o una paloma son su refugio, un lugar protegido, inaccesible a enemigos, seguro y salvo, lejos del mundo. Allí quiere nuestra alma emigrar para estar lejos de sus enemigos, inaccesible a ellos. Allí buscamos a Dios en el silencio y en la soledad. Allí Dios nos encuentra, y desde allí él nos llama: “Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz...” (Ct 4, 14). Esto también es nuestro refugio rocoso, alcázar de nuestro espíritu.

Nuestro espíritu anhela también el desierto para estar a solas con Dios. Por eso el coro pregunta: “¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?” (Ct 8, 5). ¿Qué estaba haciendo ella allá en el desierto? Estaba buscando al que encontró: su amado divino, y ahora está recostada sobre él, llena de amor. Allá también hay bellas fragancias de la contemplación. Del desierto vienen algunas de las mejores especias aromáticas de las cuales

se hace el incienso para la adoración de Dios. Y aquí viene ella ahora completamente saturada con estos aromas. Y el esposo pregunta: “¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo, perfumada de mirra y de incienso y de todo polvo aromático?” (Ct 3, 6). Ella está empapada del olor de Dios, sus vestidos, su aliento, todo su cuerpo exuda aromas dulces y preciosos de la contemplación, exhala perfume, un aliento perfumado, como cinamomo, lleno de encanto, lleno de Dios. ¿Qué mejor lugar hay que el desierto para el encuentro divino? No hay nada de los placeres del mundo allá, sólo los aromas dulces de la contemplación y la adoración del Señor. Allí no hay sonidos rudos y ruidosos, sólo Dios. Por todos lados Dios, estamos envueltos en Dios en el desierto, somos como una columna de humo hecha de “mirra y de incienso y de todo polvo aromático” (Ct 3, 6). Ahí estamos como perdidos en Dios, unidos con Dios hasta la fruición de nuestro ser, hasta su transformación y divinización, atraídos por el olor de sus suaves unguentos, y hechos fragantes nosotros mismos, como unguento derramado. La dulzura de su nombre, Jesús, nos hace dulces como unguento derramado.

La esposa tiene también otro escondrijo bellísimo, un jardín lleno de flores y frutas a su puerta. Es como una enramada en su huerto, donde ella se esconde con su amado para disfrutar de sus amores, que son mejores que el vino. Sobre este refugio jardinero ella dice: “Las mandrágoras han dado olor, y a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío he guardado” (Ct 7, 13). A sus mismas puertas la mandrágora exhala su fragancia. La Mandrágora es una afrodisíaca, una planta que excita el amor, como su nombre, en Hebreo, *dudaim*, indica. La palabra hebrea por “amante” (*dod*) tiene la misma raíz. Las puertas de su enramada rebosan de frutas. ¡Qué agradable es el amor casi constante de su esposo divino! Es como la Mandrágora exhalando fragancias de amor. Este amor es abundante como los frutos a las puertas de su casa, maduros para recoger y comer. Toda la naturaleza le recuerda a la esposa las bendiciones de este amor divino. Son como símbolos naturales, siempre presentes por todos lados, que hablan del amor de su vida, del amor que llena y alumbra todo su ser. Todo el mundo le habla a ella de su amor que rebosa de su interior como los frutos dulces a la puerta de su cabaña jardinera.

Y ella misma es como un jardín de delicias y deleites, plantados en ella por su amado. Él la embelleció con la dulzura y belleza de su amor, y ahora ella exuda todo tipo de aroma. Él dice de ella: “Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; fuente cerrada, fuente sellada. Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, de flores de alheña y nardos; nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (Ct 4, 13-14).

Así nos hace el amor de Dios cuando él madura en nosotros. Este es su fruto: una riqueza de belleza. Él nos renueva, nos diviniza. Él que nos viene “sobre las montañas de los aromas” (Ct 8, 14) nos llena de sus propios aromas. Y estos aromas divinos que su amado le ha comunicado a ella, exhalando en ella su propio aliento divino, su Espíritu Santo, no son solamente para ella y su propio placer, sino que deben atraer a todos los que se acercan a ella. Por eso, ella invita a los vientos, al viento del Norte, el Aquilón, y al del Sur, el Austro, a venir para desprender sus aromas, y dice: “Levántate, Aquilón, y ven, Austro; soplad en mi huerto, despréndanse sus aromas” (Ct 4, 16).

Tanto contacto con Dios nos hace muy dulces. Sus unguentos dan olor a los nuestros, hasta que el mismo Dios alaba nuestra fragancia que viene de él, diciendo: “el olor de tus unguentos (es mejor) que todas las especias aromáticas” (Ct 4, 10).

Veamos ahora la obra del amor divino en el alma humana. Él nos transforma y diviniza hasta que vayamos a los confines de la tierra, anhelando su dulzura que hace aun nuestro

aliento como perfume exhalado, teniendo la fragancia de cinamomo y manzanas, y llena nuestros vestidos con el olor del Líbano, el olor de los pinos, los cedros, y los cipreses. Por este amor, dormimos con él como con un bolsito de mirra entre nuestros pechos, en una casa en el monte de la mirra con vigas de cedro y artesonados de ciprés. Por él, vamos a los confines de la tierra, a los montes de los leopardos y hasta la cumbre de Amana y Senir, hasta las guaridas de los leones. No hay lugar demasiado lejos o demasiado remoto para nosotros, empujados por este amor. Vamos hasta los desiertos, hasta ser completamente saturados con el perfume de amor, como una columna de humo, compuesta de mirra e incienso y todo polvo aromático. Por eso, no podemos hacer otra cosa que correr atrás de él, siguiendo sus aromas, como dice el versículo siguiente del cantar: “Atráeme, pos de ti correremos” (Ct 1, 4).

IV

*“Atráeme, en pos de ti correremos.
El rey me ha metido en sus cámaras;
Nos gozaremos y alegraremos en ti;
Nos acordaremos de tus amores más que del vino;
Con razón te aman” (Ct 1, 4).*

La novia no es capaz de correr por sí misma. Es su amado divino atrayéndola con su dulzura y suaves aromas que la incita a tratar de correr en pos de él. ¿No es lo mismo con nosotros? ¿Quién corre si no hay razón, si no hay algo o alguien que nos atrae? Y por Dios podemos correr. El correr, para un adulto, fuera de actividades deportivas, sería perder un poco su dignidad. ¿Y no es eso lo que nos pasa con Dios en nuestra relación de amor con él? De verdad, a los ojos del mundo y de los que piensan de modo mundano, hemos perdido no sólo nuestra dignidad, corriendo en pos de él, sino que también nuestra vida. Para ellos, hemos destruido nuestra vida, y cuanto más radicalmente vivimos para él, y sólo para él, dejando todo lo demás, toda otra consideración, todo otro placer, tanto más nuestra vida parece al mundo como si fuese destruida, perdida, arrojada. Parecemos a ellos como adultos corriendo en público, siguiendo algo estúpido.

Pero así es el llamado de Dios, el llamado auténtico de Cristo, que llamó a sus apóstoles a dejar todo: barca, redes, pescados, y familia, para seguirle a él todo el tiempo, y así encontrar en él lo que el mundo ni entiende ni conoce: el amor de Dios, una nueva y bella vida en él, la felicidad verdadera.

Pero para hallar todo esto, tenemos que superar primero muchos miedos que la mayoría de las personas no han superado. La mayoría, yo creo, está empujada por sus miedos. No son libres. Son controlados por sus miedos, y les obedecen. Son como esclavos, viviendo en una esclavitud a las “leyes” y “convenciones” del mundo, viviendo en temor de librarse. Temen lo que otras personas van a pensar o decir sobre ellos si hacen esto o aquello; y por eso no lo hacen. Aun si la voz de Dios en su conciencia está llamándolos a hacer algo, no lo hacen. Estas personas nunca correrían en pos de los aromas del Señor, porque no se hace así en el mundo; porque no es un comportamiento aceptable. Por eso no hacen ningún progreso en la vida espiritual.

Lo triste es que cristianos y religiosos a veces pueden ser así, y si hacen así, ellos tampoco progresan espiritualmente. Demasiados cristianos tienen miedo de dar un paso bueno, de continuar y perseverar en una buena dirección en medio de murmuraciones y críticas hechas contra ellos; y se vuelven atrás, y paran lo que empezaron, después de oír críticas. Esto es un gran error. Más bien necesitamos espíritus fuertes que puedan continuar haciendo el bien, a pesar de la oposición y la persecución, a pesar de amenazas y peligros en el camino. Uno tiene que esperar críticas y persecuciones, pero tener la fortaleza de espíritu para poder continuar en el buen camino ya empezado.

Si uno es dado, por ejemplo, el ministerio oficial de predicador a una comunidad, él debe llamarla a la perfección; pero puesto que la mayoría del tiempo es una minoría la que responde a un llamado tal, no debe desanimarse por esto o por oír murmuraciones sobre la dificultad de sus desafíos y llamados, sino que debe esperar esta reacción como normal, pero no dejar por esto de predicar la perfección. Uno que deja de predicar auténticamente por esta razón, es decir, por miedo, es una persona controlada por el miedo y la cobardía, y por ello no realizará nada de valor por Dios en su vida. Aun el correr en pos del Señor, atraído por el aroma de sus ungüentos, no podría. Tiene miedo de hacer esto. Es una persona pusilánime. En lugar de disminuir su mensaje, debe continuar predicando el verdadero mensaje, el llamado auténtico a la perfección cristiana con todos sus desafíos. Sólo al seguir este camino de la perfección, que es el camino de dejar el mundo del modo lo mas radical posible, sólo así llegará una persona a la visión de Dios en el esplendor de su corazón. No hay otro camino para llegar a este punto. Para nosotros esto es correr sin vergüenza en pos del amado, atraídos por la dulzura de sus ungüentos.

V

“El rey me ha metido en sus cámaras” (Ct 2, 4).

Esta es la gran experiencia del amor divino. Esta doncella ahora está puesta en las cámaras privadas del rey. Él la ama y quiere que ella esté muy cerca de él para la fruición de su amor con ella. Por eso, él la pone en la parte la más íntima de su casa, en su propia habitación donde él pueda estar a solas con ella cuando quiera, y disfrutar de su conversación íntima y privada y de su afección y amor. Él puede llenar sus ojos de su belleza y saciar los deseos de su corazón con el amor y dulzura de ella. Ahí el pasa muchas horas íntimas y amorosas con ella.

Así Dios trata con nosotros, si lo dejamos, si practicamos la oración. ¿Pero cuántos no le dan la oportunidad de tratarnos así? El no darle la oportunidad de tratarnos así es rehusar pasar tiempo con él en silencio sin palabras, excepto quizás el nombre de Jesús o una breve jaculatoria, pero no algo que ocupa nuestro entendimiento. Si no le damos esta oportunidad de amarnos, es difícil experimentarlo mucho, lo ahuyentamos por nuestra actividad mental y corporal, y por eso lo experimentamos así sólo muy raramente. Nosotros tenemos que hacer nuestra parte en todo esto, es decir, tenemos que cooperar con él. Él quiere ponernos en sus cámaras, y nosotros rehusamos por nuestra actividad, incluso por nuestro activismo en la oración.

Pero ¿cuántos son los que no quieren sentarse pasivamente con él por miedo de perder el tiempo inútilmente? Muchos, yo creo. Por eso tenemos que decidir hacerlo y crear un horario para hacerlo regularmente, cada día, y aun varias veces al día, si queremos crecer en este gran amor y felicidad de nuestra vida que es más grande que todo placer que el mundo nos puede ofrecer.

Muchas veces nos sentamos con él, sin experimentar nada especial excepto una concentración de nuestra persona en él, el centro de nuestra vida. Pero si perseveramos sin faltar, vendrán días en que, de verdad, somos como esta doncella metida en la cámara del rey. El Rey, en estos días, nos sacia con su amor y con su paz, y sentimos un gran amor y fervor por él. Y esto no es el producto de nuestro propio esfuerzo o del trabajo de nuestro entendimiento, porque no estamos meditando ni pensando, pero desde nuestro interior Dios se manifiesta a nosotros con amor y luz en nuestro corazón y mente, llenándonos con gran alegría espiritual.

Estas son las visitas que Dios empezará a hacer con nosotros si le dejamos tiempo. Después de experimentar esto, naturalmente perdemos interés por cosas profanas y exteriores, excepto nuestro trabajo necesario que hacemos por la obediencia. Y los placeres del mundo, entonces, no nos parecen más como placeres, ni aun como algo atractivo, sino repugnante,

rudo, y crudo, que disipa esta alegría sutil de Dios en nuestra alma, cuando él nos llena con su amor. Los placeres de este mundo vienen a ser para nosotros más tormentos que placeres, cosas que evitamos y huimos. Así Dios nos renueva, cambiando nuestro corazón, haciéndonos odiar lo que antes amábamos. Así él nos prepara para ser completamente suyos. Sus visitas tienen este efecto en nosotros, hasta el punto de que nunca volvemos más al mundo, sino que nos quedamos siempre en sus cámaras, regocijándonos con su amor, viviendo en su dulzura, bañados de su luz radiante, hechos resplandecientes en su propio esplendor, calentándonos en su brillo, y saciándonos con su belleza que nos llena hasta el punto de que somos totalmente suyos, completamente desprendidos de este mundo.

Entonces nuestra vida es verdaderamente feliz, con la felicidad de Dios en nosotros, una felicidad que ninguna tragedia de esta vida nos puede robar. Todo es transformado para nosotros en luz, y recibimos todo con amor, y como nuevas oportunidades de amarle y experimentar más aún su gran amor, su majestad, su gran paz.

Esta es la meta final de la vida humana en este mundo, y la alcanzaremos, con la ayuda de Dios, cuando estemos completamente desprendidos de este mundo y de esta vida. Entonces seremos iluminados, llenos de luz, regocijándonos la mayoría del tiempo en el Señor, quien está tan cerca de nosotros. Así seguimos el gran santo, san Pablo, quien conoció todo esto, y por eso dijo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra moderación sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 4-5). Cuando lleguemos a este punto, nada puede perturbarnos mucho. Por eso continua san Pablo: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (Fil 4, 6). Entonces, ¿qué pasará? Aquí está la respuesta de san Pablo: “Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 4, 7).

A este punto todos los problemas de la vida, que antes nos preocupaban y nos robaban la paz, ahora son muy secundarios y de poca importancia para nosotros. ¿Por qué? Porque “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento guarda nuestro corazón en Cristo Jesús” (Fil 4, 7). Con esta paz guardando nuestro corazón, ¿cómo podemos perturbarnos sobre cosas de importancia tan secundaria? Y esto es porque esta paz “sobrepasa todo entendimiento”. No es una paz y alegría que viene de una nueva intuición o de una nueva penetración de nuestro entendimiento en las cosas del espíritu; más bien viene de una recepción del amor divino cuando nuestro entendimiento estuvo como dormido. Fue una experiencia de Dios que nos vino súbitamente cuando estábamos sentados en oración, *no* en meditación, *no* usando nuestra mente *ni* nuestro entendimiento. Por eso san Pablo dice que esta paz “Sobrepasa todo entendimiento”. Nuestra mente no la produjo, sino que viene directamente de Dios. Es completamente sobrenatural.

Ahora es obvio que nuestra vida es muy diferente de la de antes. Es divinizada. Es una vida en Dios, una vida perdida en Dios, una vida santa, una vida que irradia la paz a otras personas.

En resumen, esta vida divinizada, cuando se madura, es, de verdad, una vida de fe, esperanza, y amor, las tres virtudes teologales. Es una vida de *fe* porque creemos en Cristo con todo el corazón y dependemos sólo de él, en todo, no buscando satisfacción ni placer en nada de este mundo. Vivimos por la fe, y por ninguna otra cosa. Es una vida de *esperanza* porque esperamos que la buena obra que Dios comenzó en nosotros, él la cumplirá hasta la vida eterna, hasta nuestra entrada en la luz eterna, una luz que nos ilumina y regocija aun ahora. Y finalmente, es una vida de *amor* porque vivimos ahora sumergidos en el amor de Dios, en que hallamos toda nuestra felicidad y alegría.

Ahora estamos simplemente regocijándonos en las cámaras de nuestro Señor y amado. Y decimos junto con la esposa: “Nos gozaremos y alegraremos en ti; nos acordaremos de tus amores más que del vino. Con razón te aman” (Ct 1, 4). De verdad, las doncellas aman al Rey con razón. Tienen muy buena razón para amarle. En él encuentran todo. No tienen que buscar en ninguna otra parte. Encuentran todo lo que necesitan para ser felices sólo en él. Sin él, una persona siempre cree que necesita muchas cosas para ser feliz, y nunca termina su búsqueda por estas cosas. Pero uno que ha llegado a este punto, sabe que ya tiene todo lo que necesita en él, y no busca más. De hecho, cuanto más continúa buscando fuera de él, tanto menos halla en él.

Hay una oración en el breviario que expresa muy bien este estado de felicidad. Dice: “Dios todopoderoso y eterno, ante ti no existe ni la oscuridad ni las tinieblas, haz, pues, brillar sobre nosotros la claridad de tu luz, para que guardando tus preceptos, caminemos siempre por tus sendas con el corazón jubiloso” (Sexta, jueves, primera semana). No hay oscuridad en Dios; y cuanto más estamos en Dios, tanto menos oscuridad hay en nosotros. Por eso queremos que la claridad de su luz brille sobre nosotros, alumbrándonos e iluminándonos. Si nosotros le obedecemos perfectamente en todo, tenemos la buena esperanza de tener un corazón *jubiloso* la mayoría del tiempo. Así viviremos en la *luz*, en *su luz*, por medio de la fe, la esperanza y el amor.

VI

*“Morena soy, oh hijas de Jerusalén,
Pero codiciable, como las tiendas de Quedar,
Como las cortinas de Salomón
No reparéis en que soy morena,
Porque el sol me miró.
Los hijos de mi madre se airaron contra mí;
Me pusieron a guardar las viñas;
Y mi viña, que era mía, no guardé” (Ct 1, 5-6).*

Aquí vemos que la novia se siente mal porque es morena, quemada del sol, con la tez bronceada por los trabajos del campo, que fue obligada hacer, y no con el cutis claro como las de ilustre cuna. Sin embargo, ella trata de disculparse y presentarse de una manera buena y atractiva, diciendo que aunque es morena, es hermosa y de buena forma y figura. Dice que ella es como otras cosas morenas que todos aprecian como hermosas, como las tiendas de los nómadas de Quedar, hechas de pelo de cabra, o como las cortinas de Salomón, que son admiradas. Pero al fin tiene que admitir que no ha podido cuidarse como debería: “mi viña, que era mía, no guardé” (Ct 1, 6).

Esta doncella, esta novia, somos nosotros cuando todavía no hemos sido purificados suficientemente para que el Señor estuviera con nosotros constantemente e hiciera su morada permanente con nosotros. Puede ser que ella está todavía hundida en sus pecados, o todavía no completamente limpia de sus deseos carnales y de sus caídas en este campo o en otros pecados, siguiendo sus deseos mundanos, buscando su placer en este mundo. Sus pasiones y su voluntad propia son todavía muy vivas y causan mucha turbulencia en su vida. Lo que necesita es un período de entrenamiento o ascesis para mortificar y matar su voluntad propia y hacer sólo la voluntad de Dios en todo, todo el tiempo, siguiendo el modelo de Jesús, que dijo: “No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Jn 5, 30).

Pero ¿cómo puede uno matar su voluntad propia para hacer siempre sólo la voluntad del Padre? Primero tenemos que saber lo que es la voluntad propia, y entonces hacer todo lo posible para actuar en oposición a esta. La voluntad propia es la búsqueda de sí mismo en un sentido mundano, es decir, la búsqueda de lo que dará placer al cuerpo, o de lo que nos hará honrados, admirados, alabados, o envidiados por los demás. La voluntad propia también nos incita a hacer cosas que aumentan nuestro orgullo, y hacerlas por esta razón.

Si queremos ser una doncella bella con el cutis claro, y no moreno y quemado del sol, para que el Rey se enamore, se case, y permanezca siempre con nosotros, regocijándonos e iluminándonos con su resplandor, entonces tenemos que invertir todos estos deseos; al principio, con fuerza, y contra nuestra propia voluntad (la voluntad propia), esforzándonos,

por ejemplo, en no comer delicadezas, o comer muy sencillamente cosas simples y básicas, rehusando todo placer innecesario en nuestra vida, para que nuestra alma sea plenamente pura y vacía sólo para el Rey. Eventualmente nuestras pasiones morirán de hambre hasta que lleguemos al punto en que notamos que ahora no tenemos ningún deseo por todas estas delicadezas que antes deseábamos mucho. De hecho, notaremos que ahora sentimos una repugnancia por las mismas delicadezas que antes tanto deseábamos, hasta el punto de que no podemos comer más cosas delicadas; y ellas no nos tientan. Es igual con los paseos y otros placeres también. No nos interesan como antes. Al contrario, los vemos como nada más que pérdidas de tiempo y algo que nos aburre; y por eso rehusamos participar en ellos. Las conversaciones inútiles tampoco nos atraen ahora, y las evitamos. Hacemos el trabajo que se nos ha dado, y lo hacemos bien por *Dios*, no para mostrar *nuestra* inteligencia a otras personas para ganar sus alabanzas o su admiración.

Hallamos entonces que nuestras pasiones, que antes nos perturbaban, ahora nos dejan en paz. Es como, si estuvieran dormidos, muy sumisas y mansas. Los deseos de la carne son ahora como dormidos, mortificados, y no nos perturban. Y todo esto viene como consecuencia de nuestra separación del mundo y de nuestra renuncia a los placeres del mundo, es decir, por supuesto, a los que no son necesarios e inevitables. Cuanto más vacíos estemos de estas cosas, tanto más Dios puede llenarnos de sí mismo, de su paz y amor. Y en el fuego de su amor, que ahora, de verdad, nos puede encender, está completamente quemado lo poco que todavía nos queda que no es de él, que es de este mundo, que viene de nuestra voluntad propia.

Así vemos que dos cosas están pasando en nosotros: 1) Rehusamos los deleites del mundo para que Dios pueda de veras hacer su morada permanente en nosotros; y 2) Dios, empezando a hacer su morada en nosotros, quema y mata estos mismos deseos mundanos que todavía han permanecido en nosotros. Y esto nos hace más capaces aún para recibir a Dios más sobreabundantemente en nuestro corazón, lo cual, en torno, mata aún más los deseos mundanos etc. Es un proceso continuo de más y más purificación hasta que lleguemos al punto de que podamos descansar en Dios completamente la mayoría del tiempo, y sentir sólo repugnancia, y nunca más deseos por los placeres mundanos.

Pero hay que estar concientes de que aunque estemos en esta bendita situación, sabemos muy bien que podemos caer otra vez en la oscuridad si nos ponemos en la ocasión de pecado o de tentación. Por eso seguimos ahora siempre nuestro nuevo instinto de repugnancia para todas las cosas mundanas, para que ellas nunca más puedan avivarse en nosotros para nuestra destrucción. Así viviremos siempre lejos del mundo y sus placeres y tentaciones, y así seremos iluminados por Dios, dejando de ser morenos, sino más bien teniendo el cutis claro y bello de los hijos de la luz, de los hijos verdaderos de Dios.

VII

Ahora la novia está purificada de sus pasiones, y de sus deseos mundanos. Su voluntad propia está completamente mortificada y muerta. Por eso, vive ahora una vida feliz. Puesto que no tiene ahora una voluntad propia, su voluntad está siempre perfectamente unida con la voluntad de Dios. Todo lo que sucede en su vida, ella lo acepta con alegría, porque, puesto que es lo que Dios quiere para ella, es, por eso, lo que ella también quiere para sí misma. Así nada acontece en su vida ahora que es contra su voluntad, porque ella quiere ahora sólo lo que Dios quiere para ella, y por eso es feliz. Fue un largo proceso para llegar a este punto, pero una vez llegada, ella descubre que ahora es feliz. Ella recibe todo lo que pasa en su vida con acción de gracias como viniendo directamente a ella de las manos de Dios para su bien. Puede regocijarse ahora en todo, aun en cosas que parecen negativas, porque no tiene duda alguna de que Dios está actuando por medio de estas cosas —para el bien de ella, y de todos. Por eso ella puede decir con san Pablo: “sabemos que a los que aman a Dios, *todas las cosas les ayudan a bien*, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Rom 8, 28).

Y no sólo esto, sino que ahora ella hace siempre sólo lo que Dios quiere que haga. Su vida y su alegría están en hacer siempre y perfectamente, incluso radicalmente, sólo la voluntad de Dios en todo, todo el tiempo. Esto le da mucha alegría y mucha paz. El hacer esto es como su comida, como dice Jesús: “Mi *comida* es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn 4, 34). Viviendo así purificada, está feliz, y por ello ella dice que es hermosa y codiciable, “como las tiendas de Quedar, como las Cortinas de Salomón” (Ct 1, 5). Así seremos nosotros, una vez purificados del mundo y de sus placeres y deseos. Así viviremos sólo para Dios, y en alegre expectativa para su gloriosa venida con todos los santos en gran luz. Así seremos mejorándonos cada día más aún en su amor y servicio, creciendo diariamente en su amor, deseando nada más que ser perfectos e irreprochables a sus ojos en su venida. Así viviremos iluminados en nuestro corazón por esta gran esperanza de la venida de nuestro Señor Jesucristo, cumpliendo el deseo de san Pablo cuando dijo: “que sean afirmados vuestros corazones, irreprochables en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos” (1 Ts 3, 13). De hecho, este día futuro de gran luz ilumina nuestro presente, y nos da ya de antemano un anticipo de esta gloria, tanto que nuestro corazón y mente son iluminados ahora.

Entonces, ¿cómo puede la novia permanecer morena cuando es tan bellamente iluminada por la gloria de Cristo? Es todavía morena porque, estando todavía en este mundo, ella ve y se regocia más en esta claridad luminosa cuando está llevando la cruz de Cristo. Por eso ella siempre busca la cruz, y sólo es verdaderamente feliz cuando está clavada con su amado en la cruz. Así, aunque es hermosísima y de una muy bella forma, es siempre morena. Aun cuando ha sido completamente purificada de todos sus pecados y de todo apego a este mundo, feliz y

brillantemente iluminada en mente y corazón, siempre permanece morena, siempre está clavada a la cruz, y no puede ser feliz de ninguna otra manera.

En esta vida nunca crecemos hasta el punto de que no necesitamos más la cruz, la ascesis y el sufrimiento. La alegría espiritual se engrandece y revienta en chispas de luz cuanto más clavados estamos en la cruz. Los santos conocieron esta gran verdad, este gran misterio, y por eso siempre *buscaban* la cruz de muchas formas. Cuanto más radicalmente vivieron así, tanto más gloria vieron en su interior. Por eso trataron de vivir completamente desnudos de todo lo que les podía dar placer. Se fueron para vivir aun en agujeros en la tierra, en desiertos, en cuevas, lejos de toda compañía humana, lejos de ciudades y contactos sociales, lejos de sus familias, lejos de todo tipo de entretenimiento humano, lejos de toda fiesta y banquete, buscando la comida menos sabrosa posible, vistiéndose de pelos de camellos y ovejas, comiendo sólo una vez al día, durmiendo en el suelo o sentados en oración, vistiéndose con cilicios y hábitos, expresando así su renuncia y retiro del mundo, buscando su único gozo sólo en el Señor. Vivieron en las cumbres de las montañas, así escapando de la sociedad y buscando la soledad, en lugares remotos, lejos de los hombres, cerca de las guaridas de los leones y en los montes de los leopardos (Ct 4, 8). Vivieron en desiertos en gran soledad y silencio, como una columna de humo, subiendo del desierto, perfumada de los aromas de Dios y de todo polvo aromático (Ct 3, 6). Vivieron en los agujeros de las peñas (Ct 2, 14), en las cuevas de los riscos, dominando con la vista al mar. Y todo para estar cerca de Dios, y lejos del mundo, sacrificándolo todo para él, clavados en la cruz. Y así vivieron en amor inefable.

Vivieron también en clausuras, y hablaron con sus visitantes a través de rejas y cortinas. Todo esto hicieron por amor a Dios, cautivados por este amor, consumidos por este amor, encendidos por este amor, cada uno en su propio camino, huyendo del mundo y clavándose a la cruz por amor a Cristo, porque sólo así pudieron experimentar la gran dulzura de este amor.

“Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y las cavernas de la tierra” (Heb 11, 36-38).

Juan el Bautista fue uno de ellos. Fue una voz clamando en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas” (Mc 1, 3). “Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). Y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel” (Lc 1, 8).

No fueron de este mundo, como tampoco Cristo fue de este mundo. Por eso el mundo los rechazó y persiguió, porque ellos primero renunciaron y rechazaron al mundo. El mundo no era digno de ellos (Heb 11, 38). “...el mundo los aborreció, porque no son del mundo, tampoco yo soy del mundo” (Jn 17, 14).

Ellos amaron la cruz de Cristo y la abrazaron, hallando toda su dulzura en ella; y, porque ellos amaron la cruz, el mundo, que odia la cruz, los odió a ellos también, y los persiguió, así añadiendo a su cruz y haciéndola más dulce aún. Así hallaron su consolación en la soledad, en los desiertos de este mundo, en las cumbres de las montañas, lejos de todo, en las cimas de la luz, viviendo así en las alturas con Dios, arrebatados con su amor, embriagados de su Espíritu, llenos de luz, saciados del amor divino, que no pudieron hallar de ningún otro modo. La cruz —y todo esto es la cruz— es su modo de llegar a este arrebatamiento de espíritu. La cruz es su alegría, es su dulzura, es su vida. Con san Pablo, ellos se glorían sólo en la cruz de Cristo. Sólo ahí encuentran su gloria. “...lejos esté de mi gloriarme, salvo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mi, y yo al mundo” (Gal 6, 14).

Rehusando todos los gozos de este mundo, ellos hallan todo su gozo en la cruz de Cristo, en una vida de renuncia y dedicación a él. Ellos viven ahora en la gloria del Señor, y esperan el cumplimiento de esta gloria en su venida. Por ello están siempre purificándose más aún de este mundo en preparación para su venida, y dedicándose cada vez más a Cristo con todo su corazón, con un corazón no dividido por los placeres rudos, ruidosos, y engañosos de este mundo. A ellos san Pablo dice: “El mismo Dios de la paz os santifique por *completo*; y *todo* vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado *irrepreensible* para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts 5, 23).

Por todo esto, la novia, aunque muy bella, y ahora saciada y arrebatada del amor de Dios, sin embargo siempre permanece morena, es decir, clavada a la cruz de su amado Jesucristo. En el mismo momento en que ella trata de desenclavarse de su cruz y relajarse un poco entre los placeres de esta vida, en este mismo momento disminuirá el amor de Dios en su corazón. Es por eso que los santos, cada uno a su manera, siempre estaban castigándose, uno durmiendo encima de espinas, otro negándose el sueño, vigilando en oración, otro castigándose con ayunos —cada uno por caminos diferentes— renunciando a los placeres de este mundo y abrazando la dulzura de la cruz de Jesucristo. Se castigaron a sí mismos por amor, y fueron perseguidos por el mundo. Aun esta persecución está mencionada en este texto: “Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron a guardar las viñas” (Ct 1, 6).

VIII

“Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero hermosa” (Ct 1, 5).

¡Qué bella es la vida de esta muchacha morena, pero hermosa! Su hermosura reside en su ser morena, en su sufrimiento, en su ofrenda de sí misma a Dios en amor. Un modo de ser morena, pero hermosa, es el de recibir como de las manos de Dios, una enfermedad y usarla para ofrecerse en amor a Dios. Los ascetas hacen penitencia y ayunan para poder ofrecerse con más espíritu de sacrificio y donación de sí mismos a Dios en amor.

Otro modo para hacer esto es el de la enfermedad. La enfermedad parece al mundo como algo negativo y hace a esta bella muchacha parecer morena; pero en la oscuridad de la enfermedad reside la hermosura y felicidad de esta novia. Por medio de su enfermedad, ella puede ofrecerse completamente a Dios. Por supuesto, este no es el camino para todos. Es sólo para los que Dios ha escogido para este tipo de ofrenda de sí mismos. Pero cada persona necesita un medio para ofrecerse sin límites y totalmente a Dios. La cosa más importante es la totalidad de la ofrenda de nosotros mismos en amor.

La beata María Gabriela (1914-1939), una hermana trapense, es un buen ejemplo de esto. En la oración que ella escribió para su profesión dijo: “Te ofrezco *todo*, con *alegría*, Señor. Tú te has dignado llamarme a ti, y yo vengo presurosa a tus pies...al pronunciar los santos votos, me *entrego eternamente* a ti. Haz, oh Jesús, que permanezca *siempre fiel* a mis promesas y no vaya yo a *retomar* lo que te *ofrezco* en este día. Ven y *reina* en mi alma como *Rey de Amor*”. Ella murió a la edad de 25 años de tuberculosis, y usó esta enfermedad como medio para ofrecerse como oblación de amor a Dios.

Ella tenía una vida corta y morena, con sufrimiento y dolor; pero ¡qué hermosa, qué llena de amor, qué llena de luz, que feliz era su vida! Sí, era una vida morena; pero ¡qué hermosa! Ella descubrió el secreto de la felicidad, que pocos hallan. Ella se ofreció completamente a Dios en su corta vida monástica como una hermana Trapense del Monasterio de Grottaferrata (Ahora ubicado en Vitorchiano, Italia). Vivió sólo para la voluntad de Dios, y en esta, encontró toda su felicidad. Todo su gozo fue en esta ofrenda de sí misma con Cristo a su Padre en amor. Vivió sólo para él, sólo para esta ofrenda de amor. Dijo: “¡mi enfermedad es mi riqueza! ¡El Señor me la dio!” Y dijo también: “Jesús, te doy gracias... Por lo que me permites sufrir”; y también: “La voluntad de Dios, cualquiera que sea, esta es mi alegría, mi felicidad y mi paz”. Cada nueva tos, cada nuevo dolor, fue para ella una oración de la donación de sí misma a Dios en amor. Su vida fue consumida en amor. El Papa Juan Pablo II la beatificó en 1983.

La cosa más bella y más noble de ella es la *totalidad* de su compromiso al Señor. Ella quiso vivir *totalmente* para él, y *sólo* para él. Él es su única alegría, su único Señor, su única riqueza, su único tesoro. Como el hombre que descubre el tesoro escondido o una perla preciosa, ella dejó todo por obtenerla. Él era su único gozo en esta vida. Y su enfermedad fue su medio de dejar todo lo de este mundo, todo lo que apreciaba y valoraba en este mundo, para pertenecer completamente a él, y sólo a él.

En sus escritos, encontramos este espíritu de ofrenda completa y total, sin reservas. Escribe: “Anteayer he hecho mi profesión, y me he *consagrado enteramente* a Jesús con los votos de religión”. Estaba encendida de deseos por el cielo, y olvidadiza de las cosas terrenas. Escribe: “Sólo Jesús puede hacer sentir a las almas estas alegrías íntimas que hacen olvidar las penas de este exilio de la tierra y encienden cada vez más en el alma el *deseo del cielo*”. Ella quiso ser *toda* de Jesús con todo su corazón, con un corazón *totalmente* indiviso. Escribió: “Antes tenía siempre miedo de que me echaran y de que mi deseo de ser toda de Jesús se malograra”.

Ella hizo su profesión en la Solemnidad de Jesucristo Rey Universal, y se refiere a esto, relacionándolo con su deseo de consagrarse *totalmente* a él. Escribió: “No habría podido desear un día más hermoso que este de la fiesta de Cristo Rey para mi *entera consagración a él* que debe ser el Rey de mi corazón”.

Ella estuvo completamente perdida en Dios con la *totalidad* de su corazón. Su único deseo era amarle. Escribió: “¿Cómo no *perderme* en el amor a mi esposo? Sí, él será *todo mío* y yo *toda suya*... Mi *único deseo*: amarle cada vez más”.

Y no mucho tiempo después de esto, Dios le dio una enfermedad, por la cual pudiera realizar sus deseos, de aniquilarse *completamente* en él, de perderse en él, de morir a este mundo para vivir *sólo por él y para él*, dejando el mundo atrás. ¡Qué hermosa fue su vida en su sufrimiento y ofrenda de sí misma por medio de esta enfermedad! Es morena; pero hermosa. “Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero hermosa” (Ct 1, 5).

IX

“Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero hermosa” (Ct 1, 5).

Hay otras maneras aún de ser morena, pero hermosa. Cuando uno es completamente purificado de este mundo con sus deseos y placeres, su alma no es más morena, sino espléndida y brillante, iluminada por Dios la mayoría del tiempo. Pero exteriormente somos todavía morenos de varias maneras. Otra manera de ser brillante interiormente pero moreno exteriormente es ser perseguido en este mundo por causa de Cristo. Después de ser completamente purificado interiormente, no sólo en nuestros sentidos, sino que también en nuestros pensamientos, memoria y deseos (es decir, en el entendimiento, memoria, y voluntad —las tres potencias del alma), podemos soportar la persecución por la justicia y por causa de Cristo diferentemente que antes de esta purificación. Ahora la persecución no nos atormenta como antes; no nos roba la paz como antes; más bien ahora no perdemos la luz brillante de Cristo que nos llena de alegría. Sí, por supuesto, al principio la persecución nos puede dar un susto, y aun podemos perder nuestra compostura y tranquilidad brevemente, quizás por un día, si es algo serio; pero en poco tiempo recobramos nuestra paz que ahora ha venido a ser habitual para nosotros, y nos recuperamos rápidamente. Entonces continuamos sufriendo esta persecución con alegría, con un espíritu alegre e iluminado, perdonando y deseando a nuestros perseguidores todo bien: todo amor y alegría.

Aceptamos esta persecución como un regalo de Dios, como recompensa por nuestro buen servicio y entrega al Señor. Y después de un tiempo, veremos qué buenas son las cosas que nos han venido por medio de esta persecución, porque, como afirma san Pablo: “Sabemos que a los que aman a Dios, *todas* las cosas les ayudan a bien” (Rom 8, 28). De verdad, “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Cor 2, 9).

Una persona purificada es ayudada por la persecución por causa de la justicia. Al haber sido ahuyentado de un lugar, por ejemplo, por causa de Cristo, puede encontrarse ahora, como resultado, en otro lugar mejor que el anterior, con mejores oportunidades para el silencio, oración y contemplación, y con mejores oportunidades de servir al Señor, para predicar el evangelio y guiar almas. Y con frecuencia él se encuentra ahora con personas más espirituales, buscando más seriamente la perfección y la santidad.

Normalmente una persona interiormente morena y no purificada del mundo y sus placeres, no puede aguantar la persecución; y en vez de aceptarla y ser bendecida, ella viola su propia conciencia y su compromiso al Señor para escaparse de la persecución y quedarse donde está.

Una persona tal no crece más, siendo así tan temerosa y con tan poca valentía. Por eso no experimenta el buen fruto de haber sido constante y fiel en la persecución por causa de Cristo. Pero para alguien que es interiormente purificado del mundo e iluminado, es diferente. Él, después del primer susto, experimenta alegría y paz en la persecución, y no duda que esta va a resultar para su bien.

Así perseguidos, estamos clavados con Cristo en la cruz, a su cruz, a nuestra cruz, y esto nos une más íntimamente con él en amor. Por eso podemos aun regocijarnos en nuestra persecución, y debemos empezar buscando sus buenos resultados. Dios da grandes dones a los que sufren persecuciones por él. “Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman” (St 1, 12). ¿Bienaventurado? ¡Sí! ¡Así es! La persecución por Cristo, fielmente aceptada, *aumenta* nuestra luz interior y la hace más brillante aún. “*Bienaventurados* los que padecen persecución por causa de la justicia, por que de ellos es el reino de los cielos. *Bienaventurado* sois cuando por mi causa os vituperen y os persiguen, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. *Gozaos y alegraos* porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mt 5, 10-12). “...*gozaos* por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros...si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pd 4, 13-14.16).

¡Qué gran gozo interior podemos sentir cuando somos vituperados o ahuyentados por causa de Cristo! Dios nos recompensa *interiormente* en estos tiempos, y nos da mucha consolación y alegría por haber dado testimonio de él con nuestra vida, hasta el punto de sufrir por y con él. ¡Qué rica es nuestra oración en estos benditos tiempos! ¡Cuánto él nos enseña interiormente en estos tiempos! ¡Cuánto consuelo él da a sus testigos valerosos y fieles!

Recordamos la gran alegría que experimentaron los apóstoles Pedro y Juan cuando fueron azotados por haber predicado en el nombre de Jesús: “y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, les intimaron que no hablasen en el nombre de Jesús, y los pusieron en libertad. Y ellos salieron de la presencia del concilio, *gozosos* de haber sido tenidos por *dignos de padecer afrenta* por causa del Nombre” (Hch 5, 40-41). El sufrir por causa de Jesús es diferente de otros tipos de sufrimiento. Este tipo de sufrimiento nos llena con gloria divina, después del primer susto que recibimos al ser perseguidos así. Es una gran oportunidad de compartir los padecimientos de Cristo. Es verdad que nosotros sufrimos junto con Cristo en la cruz por la salvación del mundo; y los que han experimentado esto, con la orientación correcta del corazón, conocen su belleza y valor: nos sumergimos, en estos tiempos, profundamente en las llagas de Cristo y estamos unidos con él íntimamente. Entonces nuestra oración viene a ser muy rica, llena de dulzura y amor. Pablo conoció esta experiencia de la novia morena, pero hermosa. Él dijo: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col 1, 24). ¡Qué dignidad, qué gran honor Cristo nos da de asociarnos con sí mismo en su obra salvadora de sufrir y sacrificarse en la cruz, lleno de amor, ofreciéndose al Padre como oblación de amor! Podemos hacer lo mismo en él, y el sacrificio de nosotros mismos recibe valor por estar unido con el sacrificio de amor del único Hijo.

Por eso cuando estos tiempos de persecución vienen a nosotros, debemos aceptarlos con regocijo y júbilo de espíritu, como oportunidades especiales de intimidad más grande y más rica con Dios en amor. En estos tiempos somos, de verdad, morenos, pero muy hermosos, y

lentos de amor y belleza interior. Por eso dice Santiago: “Hermanos míos, tened por *sumo gozo* cuando os halléis en diversas pruebas” (St 1, 2). “Sumo gozo”, dice; y sólo un hombre de fe profunda y de mucha experiencia espiritual puede decir esto. Él dice esto porque conoce por su propia experiencia que, de verdad, es así —y sólo los que han experimentando esto conocen esta gran verdad de la belleza morena.

Vendrán incluso tiempos cuando tenemos que permanecer de pie completamente solos, sin nadie para tomar nuestra parte o apoyarnos, tiempos cuando todos en nuestro ambiente nos condenan y nadie está de acuerdo con nosotros, porque Dios está dirigiéndonos por caminos nuevos y solitarios. Los santos conocían bien esta experiencia y permanecían fieles a su llamado. ¿No nos ha preparado Jesús para esto?, diciendo: “Y seréis aborrecidos de *todos* por causa de mi nombre; mas el que persevera hasta el fin, este será salvo” (Mt 10, 22). Si permanecemos fieles en estos tiempos difíciles, seremos bendecidos abundantemente, y después muchos otros vendrán a ver la verdad que nosotros vimos primero, y nos apoyarán. Pero primero tenemos que tener la valentía de permanecer de pie solos, pero con Cristo ayudándonos y recompensándonos. Así imitemos a Cristo, quien nos preparó para esto, diciendo: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16, 32). Cristo, en su pasión, ante el tribunal, estuvo completamente solo. Nadie lo defendió, pero así redimió al mundo. El estar solo así es otro modo de ser moreno, pero hermoso. Dice Jesús sobre el que está solo así: “en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción” (Jn 16, 33).

Así, perseguidos, estaremos en buena compañía; estaremos en la compañía de todos los profetas, de san Pablo, y de Jesucristo mismo. ¿No dijo Esteban: “¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores” (Hch 7, 52). Hablando de los sufrimientos de los profetas, la Carta a los Hebreos dice: “Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles, fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada...” (Heb 11, 36-37). Aunque ellos sufrieron en sus cuerpos, conocieron el júbilo del espíritu porque sufrieron en el Espíritu de Dios por causa de la justicia, y así pudieron sufrir con mucha paciencia y amor. Por eso Santiago nos dice: “Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren” (St 5, 10-11).

Bienaventurados y felices de verdad son los que sufren por la justicia, porque Dios mismo les recompensa mucho más interiormente con su luz y esplendor, y después con la vida eterna. Por lo tanto, Isaías nos consuela, diciendo: “Oídmme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. *No temáis afrenta de hombre, ni desmayéis por sus ultrajes*” (Is 51, 7). En estos tiempos tenemos que aprender a ser mansos y magnánimos, siempre regocijándonos en el Señor, especialmente en tiempos fuertes de persecución, mostrándonos con toda gentileza, modestia, y moderación, porque el Señor está muy cerca de nosotros en estos tiempos. Sigamos, pues, la palabra de Pablo cuando dijo: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra moderación sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 4-5).

Si es por *Cristo* que somos perseguidos, Dios nos recompensará espiritualmente en poco tiempo; y él resplandecerá en nuestro corazón, llenándonos de su luz y amor. Viviendo en este esplendor y alegría de espíritu por haber sido ultrajado por Cristo, por nuestra fe y constancia en obedecerlo delante de los hombres, quienes nos maldicen y condenan por nuestro comportamiento obediente, Dios nos llena de luz y esplendor, y el Espíritu Santo corre dentro de nuestros entrañas, regocijándonos en la profundidad de nuestro espíritu. Con una

recompensa como esto, ¿por qué tememos la persecución y la expulsión. ¿Cuántas veces fue san Pablo perseguido y expulsado? Pero continuó su misión de predicar y escribir, y fue lleno del Espíritu Santo y de la alegría del Señor. Será lo mismo con nosotros. No debemos temer el futuro, ni los resultados de nuestra obediencia a la voluntad de Dios.

X

*“Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero hermosa
Como las tiendas de Quedar,
Como las cortinas de Salomón” (Ct 1, 5).*

El pecado o la imperfección es otro modo de ser morena, pero en esto no somos hermosos hasta que salgamos de esta oscuridad y seamos restaurados otra vez en la luz radiante de Cristo. Entonces somos otra vez hermosos. Somos bellos porque el amor de Dios brilla otra vez en nosotros más fuertemente aún que antes, y nos regocijamos con alegría aún. Entonces podemos decir, por haber pasado por esta oscuridad y venido otra vez a la luz admirable de Dios, que somos morenos, pero hermosos. Así es, porque todos caemos de vez en cuando en imperfecciones sin saberlo.

Si estamos todavía en la noche de la purificación de los placeres del mundo o sí todavía no hemos renunciado y dejado todo placer innecesario, entonces nuestra vida está llena de imperfecciones y mucha tristeza y oscuridad la mayoría del tiempo. En este caso, lo que necesitamos es más renuncia y más purificación de nuestros deseos, memoria, y pensamientos, hasta el punto de que nos olvidemos de estas cosas, y ellas no nos atraigan o interesen más. Una vez purificados así de los placeres innecesarios de esta vida, poco a poco descubrimos que el amor de Dios nos llena la mayoría del tiempo, y vivimos en un mundo esplendoroso del espíritu. Vivimos casi siempre en la luz. La luz radiante del amor de Dios, entonces, comienza por primera vez a quemar nuestro corazón la mayoría del tiempo, como el sol que no se pone jamás. O es como si el Señor en nosotros fuese el mismo sol, iluminándonos por dentro, y ya no nos deja. Esto es porque hemos llegado a la capacidad de experimentar el amor de Dios que es como un fuego devorador. “Porque fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos” (Ct 8, 6-7).

Una vez purificados, podemos perder temporalmente este amor, esta luz radiante, por caer, sin saberlo, en una imperfección o pecado. Dios nos castiga así, privándonos de esta espléndida luz, para que aprendamos que esta acción que hicimos no le agradó. Así él nos impide, con esta privación de su luz, de caer otra vez en el futuro en el mismo pozo. Estas imperfecciones son normalmente cosas muy pequeñas, pero nos perturban mucho porque ahora somos mucho más sensibles, porque hemos sido purificados del mundo y de sus deseos.

Muchas veces nos enfrentamos ante una decisión de hacer o no hacer algo, que en sí es buena, no es pecado, pero sabemos que puede ser que Dios no quiere que lo hagamos; pero tenemos dudas. No estamos completamente seguros exactamente *cuál* sea la voluntad más

perfecta de Dios para con nosotros en esta situación. Estamos perplejos, no sabiendo cuál debemos escoger, cuál le agrada a Dios. Pero normalmente la situación se presenta de la manera siguiente a nosotros: Si *no* lo hago, yo sé que no habrá ningún problema; pero si lo hago, no estoy seguro si esto le agrada a Dios o no. La mejor decisión en este caso, en mi opinión, sería: No hacerlo. Así no nos arriesgamos. Este sería escoger el camino más seguro, el camino sobre el cual no tenemos duda alguna. Así podemos evitar muchos pozos, muchas caídas, mucha oscuridad, mucha tristeza, mucha depresión; y podemos evitar el ser privado de la luz divina. Y si somos purificados del mundo y de sus placeres y si podemos evitar estos pozos, entonces estaremos en la luz, como Cristo lo quiere para con nosotros.

Pero desgraciadamente a veces podemos arriesgarnos un poco y escoger el camino menos conocido y menos seguro, no sabiendo si agradaremos a Dios por este camino o no. Lo escogemos, esperando su agrado, pero tenemos dudas. A veces, todo va muy bien, sin problemas, y aprendemos que este es un buen camino que agrada a Dios, y hemos aprendido algo. Pero otras veces, escogiendo así lo menos conocido, descubrimos con horror que no le agradó a Dios que hiciéramos esto, y nuestro espíritu empieza a caer, dentro de nosotros, y sigue cayendo hasta que sentimos un vacío interior grande y doloroso, y la luz de Dios disminuye mucho, o se desvanece completamente, y nosotros quedamos en la oscuridad, tristeza, y depresión. Podemos quedar así unas horas o unos días. En este estado, debemos rezar mucho, arrepentirnos de todo corazón y con lágrimas, por lo menos lágrimas interiores, pidiendo la misericordia y el perdón de Dios, prometiéndole que nunca haremos así otra vez. Si es posible, debemos confesarnos. La confesión es una gran ayuda en casos como este para recobrar rápidamente la luz divina.

Poco a poco, si continuamos así, la luz volverá hasta que nos llena completamente y nos sentimos totalmente perdonados y restaurados al favor de Dios, iluminados con más claridad que antes. Pero, por haber pasado por esta experiencia y por haber salido otra vez, somos, de verdad, morenos, pero hermosos.

Una vez caídos en un pozo así, hacemos resoluciones fuertes: que nunca más haremos esta cosa, a pesar de la presión social que pudiera ser hecha contra nosotros para que la hagamos. Preferiríamos aun morir o sufrir cualquier castigo, antes de repetir este error. Y así desarrollaremos reglas para nuestra vida, las cuales nunca queremos transgredir en el futuro. Así Dios nos conduce hasta que nuestra vida esté estrictamente disciplinada y estructurada. Y puesto que es Dios quien nos dirige, nuestra vida empieza a estar bajo uno de los varios patrones bien conocidos, como, por ejemplo, el patrón de una vida eremítica y solitaria, o de una vida monástica o cenobítica, o de una vida apostólica, caritativa, y servicial. Y así estamos dispuestos de padecer cualquier persecución antes de repetir nuestro error que nos puso en tanta oscuridad, depresión, y sufrimiento interior.

XI

*“No reparéis en que soy morena,
Porque el sol me miró” (Ct 1, 6).*

Esta muchacha es bella y bronceada por el sol. Es una hija de la luz, una hija del día, una hija de Dios. El sol es la luz más brillante y más bella que conoce el hombre. Por eso él nos ayuda a entender mejor el amor de Dios que experimentamos interiormente. Queremos ser bronceados interiormente por el fuego del amor divino. Dios enciende nuestro corazón con este fuego brillante y luminoso, “sus brasas, brasas del fuego, fuerte llama” (Ct 8, 6). Por eso la esposa es comparada al sol del mediodía, y también al sol del alba, y aun a la luna, cuya luz es un reflejo del mismo sol: “¿Quién es esta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol...?” (Ct 6, 10). Su belleza es como la luz radiante del sol al mediodía, una visión esclarecida, brillante y resplandeciente. Es el sol que da tanta belleza a la mañana. ¡Qué frescor, qué espléndido en un “firmamento límpido”! “Es un espectáculo celeste en una visión espléndida” (Sir 43, 1). El sol en su alborada deslumbra los ojos, y el verlo, en cielos límpidos, da alegría y nueva esperanza al corazón del hombre. Así es la belleza del sol que ha embellecido a esta muchacha, bronceada por su resplandor.

¿Pero cómo está ella ahora, después de haber sido tan purificada de todo amor y deseo terreno y después de haber sido limpiada de todo pecado e imperfección en su crecimiento hacia Dios, su único Señor, el único amor de su vida? Ella vive ahora la mayoría del tiempo en esta luz radiante, y ella misma resplandece con su fulgor. Ella ha venido a ser ahora una “lumbrera en el mundo”, “irreprensible y sencilla”, hija de Dios sin mancha, “en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual” ella resplandece como luminar en el mundo (Fil 2, 15). Su luz ha venido, la profecía de Isaías está realizada en ella: “Levántate, resplandece, porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti...sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti será vista su gloria” (Is 60, 1-2). Y muchas personas serán atraídas hacia ella por su refulgencia: “Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento” (Is 60, 3).

Pero toda esta luz, que viene del amor de Dios en su interior es invisible a los ojos del cuerpo, pero perceptible a un alma purificada del mundo y amada por Dios. El Señor es su luz que tanto quema su corazón. Y él es mejor que la luz del sol, porque nunca más se pone, si ella, una vez llegada a este grado de purificación y perfección, siempre obedece a Dios. En ella, entonces, es cumplido lo que profetizó Isaías: “El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que el Señor te será por luz perpetua, el Dios tuyo por tu gloria. *No se pondrá jamás tu sol*, ni menguará tu luna; porque el *Señor* te será por *luz perpetua*, y los días de tu luto estarán terminados” (Is 60, 19-20).

Ahora ella no necesita más el sol para alumbrarla porque es iluminada por dentro por el Cordero. Su iluminación viene desde su interior hasta su exterior, y no al revés. Esto es “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Cor 4, 6). Debemos, entonces, calentarnos con alborozo en esta luz radiante de Cristo, que es nuestra eterna iluminación. Este es el sol que ahora no se pondrá jamás. Si esta muchacha, que es purificada ahora del mundo y de sus placeres, pudiera evitar toda imperfección, ella podría andar en esta luz brillante, porque Dios reside ahora en ella, en su corazón, siempre iluminándola y regocijándola con su esplendor.

Esta es la fuente eterna de agua de vida dentro del corazón que Cristo quiere dar a cada creyente, pero que pocos experimentan porque pocos quieren renunciar al mundo y ser completamente purificados de él. Pero esta bella muchacha está de acuerdo con todo esto y se ha purificado; y por eso nunca más tiene sed espiritual por Dios, porque él nunca más la deja ahora. Ella realiza en sí misma la promesa de Jesús: “El que bebiere del agua que le daré, *no tendrá sed jamás*; sino que el agua que yo le daré será en él una *fuentes* de agua que salte para vida eterna” (Jn 4, 14). Esta novia bella y morena, bronceada por el sol en su esplendor, tiene ahora esta *fuentes inagotable* de agua de vida, residiendo siempre en su interior. Esta muchacha hermosa no tiene sed, ni tampoco hambre espiritual ahora, porque Cristo mora permanente y abundantemente en ella, siempre iluminándola y alimentándola con agua viva y pan de vida, como promete Jesús a todos los que verdaderamente vienen a él con todo el corazón, como él lo quiere. Jesús dijo: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, *nunca tendrá hambre*; y el que en mí cree, *no tendrá sed jamás*” (Jn 6, 35). ¡Qué bella es una vida purificada! Su sol nunca más se pondrá, y esta novia nunca más tendrá ni hambre ni sed espiritual, porque Dios está ahora siempre con ella y en ella. Él reside permanentemente en su corazón ahora, llenándola con su amor y esplendor. Él permanecerá ahí, si ella siempre le obedece. Este es el cumplimiento de la promesa de Jesús de una manera muy completa, porque ella es purificada y obediente. Jesús dijo: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (Jn 7, 37-38). Esta agua viva es el Espíritu Santo, como el mismo san Juan afirma, diciendo: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Jn 7, 39).

De verdad, Cristo quiere que vivamos *siempre* en la *luz* de su presencia y amor, y no en las tinieblas. Él ha dicho esto varias veces, y también san Pedro, san Pablo, y san Juan han dicho lo mismo. Jesús dijo: “Yo soy la *luz* del mundo; el que me *sigue*, *no andará en tinieblas*, sino que *tendrá la luz* de la *vida*” (Jn 8, 12). En él hay luz. Si estamos en él, él dice que estamos en la luz, no en la noche, no en las tinieblas, una vez que las noches de nuestra purificación de los placeres del mundo han sido terminadas. También dijo: “Yo, la *luz*, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí *no permanezca en tinieblas*” (Jn 12, 46). A san Pablo le fue dicho que a los gentiles “te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan *de las tinieblas a la luz...*” (Hch 26, 18). Es claro que Dios quiere nuestra conversión *de las tinieblas a la luz*. El *no* quiere que permanezcamos en las tinieblas; pero, por nuestra parte, esto requiere *conversión* y *purificación*. Cuanto más radicalmente pasemos por este proceso, tanto mejor; tanto más luz veremos, y tanto más lejos dejaremos atrás las tinieblas. Pablo escribe: “en *otro* tiempo erais *tinieblas*, más *ahora* sois *luz* en el Señor, *andad* como *hijos de luz*” (Ef 5, 8).

Antes de nuestra conversión y purificación del mundo éramos *tinieblas*, pero ahora Cristo nos ha *iluminado* y purificado para ser hijos de luz, andando en su luz brillante. San Pedro escribe que “vosotros sois...pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de

aquel que os *llamó de las tinieblas a su luz admirable* (1 Pd 2, 9). Pero si estamos completamente envueltos en imperfecciones y pecados y en los placeres innecesarios de este mundo, ¿cómo es posible que salgamos de las tinieblas y tristeza interior y vengamos a regocijarnos en la *luz radiante* de Cristo? ¡No es posible! Primero tenemos que *arrepentirnos completamente* de nuestros pecados e imperfecciones, ser perdonados por Dios, y ser purificados del mundo y sus placeres innecesarios. Sólo entonces experimentaremos la gloriosa *luz y esplendor* de Cristo inhabitándonos.

San Pablo fue un hombre así, que ha dejado todo por Cristo. Escribió: “cuantas cosas eran para mi ganancia las he estimado como *pérdida* por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como *pérdida* por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por *basura* para ganar a Cristo” (Fil 3, 7-8). Por eso un hombre tan despojado y purificado del mundo como este puede escribir con toda sinceridad que él da “gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en *luz*; el cual nos ha *librado* de la potestad de las *tinieblas*...” (Col 1, 12-13). Pablo *no* está ahora en las *tinieblas*, sino en la *luz* de Cristo, y da gracias a Dios por haberle trasladado *de las tinieblas* donde estaba antes, *a la luz* de Cristo, donde está ahora.

Cristo quiere que andemos en el esplendor de su luz, y por eso san Juan nos dice: “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es *luz*, y *no* hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en *luz*, como él está en *luz*, tenemos comunión unos con otros...” (1 Jn 1, 5-7). Si estamos en tinieblas, esto puede indicar que todavía no hemos sido suficientemente purificados del mundo. Necesitamos todavía más la noche de la purificación. O puede indicar que todavía estamos envueltos en nuestros pecados e imperfecciones, o que todavía no hemos dejado completamente el mundo y sus placeres. O puede indicar que hemos dejado el mundo y hemos sido purificados, pero por una inadvertencia hemos caído en una imperfección sin saberlo, y por eso, por el momento, estamos en las tinieblas, hasta que confesamos nuestra imperfección y nos sentimos otra vez completamente *restaurados* en el amor de Dios. Si este último es el caso, esto quiere decir que tendremos que esperar un poco, quizás uno o dos días, hasta que nos sentimos perfectamente bien otra vez como esta bella muchacha bronceada, calentándose con alegría en la espléndida luz del sol, que es Cristo inhabitándola siempre, irradiándola por dentro.

Pero la meta en todo esto es clara —es que estamos llamados a ser *hijos de la luz* en *verdad* y en *realidad*, *experimentando* y *disfrutando* de la luz radiante y admirable de Cristo. Y por eso Pablo escribe: “todos vosotros sois hijos de *luz* e hijos del día; *no* somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Ts 5, 5).

Si estás todavía en las tinieblas, puede ser que necesites despertarte y comenzar a *arreglar tu vida como Cristo la quiere*. Si es así: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo” (Ef 5, 5-14).

XII

*Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma,
Dónde apacientas, dónde sesteas al mediodía;
Pues, ¿por qué habría de estar yo como errante
Junto a los rebaños de tus compañeros?” (Ct 1, 7).*

La novia todavía está buscando a su novio. Ella sigue sus huellas y quiere estar cerca de él, a quien ama su alma, porque así ella se siente feliz y colmada. Pero tiene miedo de que se vaya a perder como errante, como alguien yendo acá y allá sin un sentido justo de dirección. Ella no quiere perder tiempo así en actividad sin significado, y encontrarse muy lejos de su amado al escoger un sendero equivocado. Ella quiere saber dónde él sesteaa al mediodía para poder estar ahí a su lado, y descansar cerca de él.

¡Cuántos senderos hay, yendo en cada dirección, y qué fácil es desviarse en la gran búsqueda de Dios, el amado de nuestra alma! Podemos perdernos en el mundo y en su risa fuerte y estridente. Podemos perdernos como semillas que caen en medio de espinas, que “son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto” (Lc 8, 14). Los placeres de la vida nos ahogan y no nos dejan llevar buen fruto para Dios. Este es el camino falso del mundo y de sus placeres. Al tomar este camino, estamos distraídos de Dios y atraídos a otras cosas. Nuestra mente y corazón están llenos de cosas ajenas, están divididos, y no realizamos así la unión que queremos con el amado de nuestro corazón. No llegamos a donde él sesteaa al mediodía.

El verdadero camino es otro. Es el camino de la pobreza. Los pastores son entre la gente la más pobre. Son las personas las más rechazadas por los ricos y entendidos de este mundo, y esta bella muchacha morena es una pastora, apacentando sus cabritos “junto a las cabañas de los pastores” (Ct 1, 8). Es a esta gente más baja, más humilde, más sencilla y más pobre a la cual Dios revela sus más profundos misterios. Jesús escogió también otro grupo de personas sencillas y pobres para ser sus apóstoles; eran pescadores, y sobre estos pobres dijo: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (Lc 10, 21). Son los pobres y humildes que no tienen nada en este mundo excepto sólo a Dios, que entran en “la casa del banquete” (Ct 2, 4), y experimentan ahí más exquisitamente el amor de Dios. Son ellos quienes entran en sus cámaras íntimas (Ct 1, 4). Son ellos que saborean y conocen qué dulce es su fruto a su paladar (Ct 2, 3). Ellos, más que todos los otros, son benditos y felices en el amor de Dios. “Bienaventurados vosotros los pobres —dijo Jesús—, porque vuestro es el reino de Dios” (Lc 6, 20).

Ellos son bienaventurados y benditos más que todos los otros, y experimentan más ricamente el amor de su esposo divino porque han sido despojados de todo otro placer en este mundo. Ellos han sido humillados, rechazados, menospreciados, perseguidos, y han perdido todo lo que los ricos consideran necesario para ser feliz. Por eso son reducidos a depender sólo de Dios, su única ayuda, su único apoyo, su único tesoro, y único Señor en este mundo. Toda su felicidad está sólo en él, porque fuera de él, experimentan sólo aflicción, privación, humillación, desprecio, rechazo, e insultos. Ellos son los “*anawim* de Yahvé”, los “pobres del Señor del Antiguo Testamento, una clase de personas más bajas, pero especialmente amadas por Dios. Ellos son los mansos y humildes de la tierra, los pobres en espíritu que Jesús pronuncia benditos y felices por encima de todos los otros: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad” (Mt 5, 3-5). “Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos...” (Lc 6, 21-22.23).

Ellos son bienaventurados porque han sido desnudados del mundo y sus placeres, y viven ya sólo para Dios. Dios es todo para ellos, toda su vida, toda su esperanza, su única razón para vivir, su único gozo, su único apoyo, y su única ayuda en esta vida. Bienaventurados son, porque sus corazones están vacíos y totalmente disponibles para Dios. La anciana Ana, que no salía del templo, ni de día ni de noche, pasando sus días en ayunos y vigilias y esperando la consolación de Israel, es una de estos benditos “pobres del Señor”, y ella reconoció al niño Jesús cuando él entró en su templo. Y ella se regocijó en el espíritu, dando gracias a Dios, “y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (Lc 2, 38).

Cuanto más desprendidos estemos del mundo, y apegados sólo a Dios, como nuestro único bien, tanto más Dios nos puede llenar con su luz y amor. Es por eso que esta gente es tan bendecida. Este es el camino correcto. Si esta bella muchacha sigue este camino, hallará el amor de su alma y se unirá con su amado divino y conocerá el fuego del amor de Dios en su corazón, un corazón pobre e indiviso, reservado sólo para el Señor, porque “Ninguno puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas (*mammón*)” (Mt 6, 24). No podemos servir a Dios, y al mismo tiempo los placeres de este mundo.

Y cuando el salvador del mundo al fin llegó, ¿quiénes fueron los primeros notificados e invitados a venir para adorarle, sino pastores pobres? Y “Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y he aquí, se les presentó, un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor” (Lc 2, 8-9). Allí estaban ellos con sus rebaños en la noche, guardándolos, cuando “la gloria del Señor los rodeó de resplandor” (Lc 2, 9). En la *austeridad* de su vida, entró el *resplandor* de Dios. En la *austeridad* de nuestra vida, como los nuevos “pobres del Señor”, entrará el *resplandor* de Dios, y nos rodeará de su gloria. Y el mismo Jesús vino a la tierra en una gran *simplicidad* que fue anunciada a los pastores por un ángel, diciendo: “Hallaréis al niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre” (Lc 2, 12). ¡Qué riqueza de belleza en tanta pobreza y simplicidad! ¡Qué riqueza se revela en la pobreza de esta muchacha morena, en su pobreza santa, desprendida de todo placer mundano! Es una pobreza radicalmente abierta a Dios.

Este es el camino correcto que debemos seguir si queremos una vida resplandeciente con la gloria de Dios. Cuanto más vacíos estamos de los placeres de este mundo, tanto más Dios puede llenarnos con su gloria y fulgor.

Los profetas alababan esta clase de gente pobre y humilde; sobria, piadosa, y justa, que vivía en la cercanía del Señor, esta clase de la cual san Pablo quiere que seamos todos miembros, diciendo que Dios se ha manifestado, “enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo, sobria, justa y piadosamente” (Tito 2, 11-12). El profeta Sofonías habla de estos pobres del Señor, diciendo, en nombre del Señor: “Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa” (Sof 3, 12-13). Los pocos que quedarán después de la purificación de Israel serán este resto o remanente fiel y piadoso, desprendido de todo, y confiando ahora completamente y sólo en el Señor. Ellos son los humildes, mansos, y pobres, desechados por este mundo. Hablando de ellos, Sofonías dice: “Buscad al Señor todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad justicia, buscad mansedumbre...” (Sof 2, 3).

No es suficiente ser sólo pobre, porque hay muchos pobres que no son humildes, ni amantes de Dios. Hemos de ser también personas enamoradas de Dios, que despreciamos al mundo y sus placeres falsos, vacíos, y engañosos. Y también hay ricos que son humildes pero no son austeros, y sus vidas están llenas de comodidades y placeres mundanos e innecesarios. Esto tampoco es suficiente para ser uno de los verdaderos “pobres del Señor”, uno de los “*anawim* de Yahvé”. Tenemos que ser sencillos, pobres *realmente* sin las riquezas, comodidades, y placeres de este mundo; y también humildes y mansos. Es esta *combinación* de cualidades que constituye esta clase bendita de personas, los verdaderos pobres del Señor.

Este es el camino de la *perfección*, al cual Jesús invitó al joven rico, decidiéndole: “Si quieres ser *perfecto*, anda vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mt 19, 21). Este camino del desprendimiento es el camino de la *perfección*. Todos los que buscan la perfección deben escogerlo, cuanto puedan; cuanto más, tanto mejor, tanto más perfección hallarán, tanto más se unirán con su amante divino.

Este es el camino de los que aborrecen y pierden su vida en este mundo, es decir, en la opinión de las personas mundanas. Pero ellos son los que hallan su vida verdaderamente y conocen más abundantemente el amor de Dios. Aborrecen su vida porque se despojan de todo placer mundano. Jesús dice: “el que aborrece su vida en este mundo, para la vida eterna la guardará” (Jn 12, 25). Y “todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mi y del evangelio, la salvará” (Mc 8, 35). Perdamos, pues, nuestra vida por Cristo, dejándolo todo por él, todo placer innecesario de este mundo, y entonces encontraremos un gran tesoro. El tesoro es el amor de Dios. Este tesoro se obtiene sólo al precio de todo lo demás, como Jesús nos enseña. El hombre que descubrió un tesoro en el campo se fue y vendió todo lo que tenía, para poder obtener este campo y así obtener el tesoro (Mt 13, 44). La cuestión es que tenemos que desprendernos de todo de este mundo si queremos obtener este tesoro que es el amor de Dios resplandeciendo en nuestro corazón, regocijándonos y llenándonos con la luz y alegría del Señor. Este es el camino, el camino correcto. ¡No nos desviemos! La *unión* con Dios en amor y paz es la *perla* preciosa, es el reino de los cielos en nuestro corazón. ¿Cuál es el camino para obtenerla? El camino del desprendimiento de todo. Esta es la enseñanza de Jesús: “También el Reino de los cielos es semejante a un mercader que busca perlas finas, que hallando una de gran valor fue y *vendió todo lo que tenía*, y la compró” (Mt 13, 45-46).

Es por eso que los monjes viven en clausuras, y dentro de sus muros ellos viven de una manera *diferente* de las personas del mundo. Viven en silencio y con mucha austeridad. No visitan sus casas, ni hacen paseos afuera para su propio gusto o placer. Tampoco se visten de ropa seglar. Su comida también es tradicionalmente muy austera. Viven así porque es su deseo renunciar a todo por Cristo, su único placer en esta vida. De esta manera Cristo viene a ser todo para ellos, una gran luz en su corazón, iluminando sus vidas, regocijando su espíritu. Así sus vidas son llenas de Dios, llenas de luz; y una vez purificados, ellos viven en las cumbres de las montañas, en las cimas de la luz, en el esplendor de Dios. A causa de sus ayunos, ellos son ligeros y alegres en el Señor durante la mayoría del tiempo, porque Dios es para ellos un fuego, una luz, calentando su corazón, brillando en su interior.

No tienen envidia porque no hay nada de este mundo que quieran, excepto el amor de Dios, y saben que este es para todos; por eso ¿por qué envidiar al otro? ¿Sobre qué van a tener envidia? Ellos viven en una pobreza voluntaria, personalmente escogida por amor a Dios, y conocen por su propia experiencia que este es el estado de los bienaventurados y bendecidos del Señor.

Viven en silencio, moderación, y modestia, no con risa fuerte y estridente. Cuando hablan, lo hacen con modestia y moderación, como conviene su estado de personas retraídas del mundo. Se regocijan siempre en el Señor y están siempre alegres, pero expresan su alegría modesta y calladamente, para no ahuyentar el gozo del espíritu que tienen en el Señor. Siguen las enseñanzas de san Pablo en esto, cuando dijo: “*Regocijaos* en el Señor *siempre*. Otra vez lo digo: ¡*Regocijaos!* Vuestra *moderación* sea conocida de todos los hombres. El señor está cerca” (Fil 4, 4-5). Así ellos muestran su alegría con *moderación, modestia, y gentileza*, no con gritos y vocerío como personas mundanas. Están siempre alegres, pero casi siempre en silencio, recogidos en espíritu.

Ellos conocen la pobreza del mundo, y la riqueza de la pobreza. Para ellos, todos los placeres de mundo son nada más que “pérdida” y “basura”, como dice san Pablo, algo a lo cual han renunciado para ganar a Cristo, y *experimentar* el poder de su resurrección. Con san Pablo afirman: “Pero cuantas cosas eran para mi ganancia, las he estimado como *pérdida* por amor de Cristo..., por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por *basura*, para ganar a Cristo...a fin de conocerlo y el poder de su resurrección (Fil 3, 7-8.10).

En comparación con la luz interior de Cristo, el mundo y todos sus placeres y vanidades no son nada, y, de hecho, extinguen esta luz. Por eso por causa de esta luz, hemos reanunciado a todo lo que hay en este mundo y lo estimamos como nada en comparación con nuestra alegría interior. Tenemos la misma alegría, renunciando a todo, como el hombre que descubrió el tesoro escondido y vendió todo lo que tenía. Y el evangelio nos dice explícitamente que tenía *gozo* renunciando a todo lo que tenía: “y *gozoso* va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo” (Mt 13, 44). Está *gozoso* porque sabe que, al vender *todo*, obtendrá *todo*, el *tesoro*. Y nosotros también estamos *gozosos* renunciando al mundo y a todos sus placeres, porque sabemos que, al hacer esto, obtendremos *todo*, el gran *tesoro* de la luz radiante de Cristo resplandeciendo en nuestro corazón, a su debido tiempo, una vez que estamos purificados de todo lo que es de este mundo, de todo lo que no es Dios.

Este camino de *empobrecimiento* voluntario, hecho *gozosamente* con mucho amor, es el camino para obtener *cien veces más* de lo que hemos renunciado, como afirma Jesús: “cualquiera que haya dejado casas o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt 19, 29). Notamos que Jesús dice que, además de recibir cien veces más, también “heredará la vida eterna”. Es decir, que esto “*cien veces más*” es algo para *ahora* en *esta* vida; y, *además*,

tendremos la vida eterna como nuestra heredad después de la muerte. Cuando uno recibe esto “*cien veces más*”, de veras, conocerá la *riqueza* de la *pobreza* y del *empobrecimiento* voluntario de sí mismo por causa de Cristo. Ellos son los verdaderos ricos en este mundo, ricos en las verdaderas riquezas. Así “muchos primeros serán los últimos; y los últimos, los primeros” (Mt 19, 30). Los primeros en el mundo son los últimos en riquezas verdaderas. Y los últimos en este mundo, los “pobres del Señor”, son los primeros.

Por eso Jesús dice: “Si alguno viene a mí, y *no* aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14, 26). Hemos de sacrificar *todo* por Cristo si queremos hallar y *experimentar todo* en él, si queremos su luz radiante resplandeciendo en nuestro corazón. Es decir, tenemos que aborrecer y renunciar aun a nuestra propia vida en este mundo por él, por amor a él; y entonces, dejándolo *todo* por él, recibiremos *todo* de él, el gran *tesoro*, la perla preciosa, su luz brillando en nosotros, iluminándonos y regocijándonos en el Señor, como afirma san Pablo: “Estad siempre gozosos”, dice (1 Ts 5, 16). En resumen, Jesús dice: “Así, pues, cualquiera de vosotros que *no* renuncia a todo lo que posee, *no* puede ser mi discípulo” (Lc 14, 33). ¡Qué profundidad de verdad hay en este versículo! Esto es ser discípulo de verdad, en el sentido más pleno y en la experiencia más rica.

Por eso, profetizó la Virgen María, que también fue una de las “pobres del Señor”: El Señor “*esparció* a los *soberbios* en el pensamiento de sus corazones. *Quitó* de los tronos a los *poderosos*, y *exaltó* a los *humildes*. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos” (Lc 1, 51-53). Su magnificat es un himno de los “pobres del Señor”. Los que quieran tener este mundo y sus bienes perderán todo, quedarán vacíos; mientras que los pobres y humildes del Señor que han renunciado a todo por amor de Dios serán *exaltados*, *enaltecidos*, y glorificados, calentándose en la luz radiante del Señor. Los soberbios de este mundo, hundidos en sus placeres, serán esparcidos.

El cántico de Ana, la madre de Samuel, es otro himno de los “pobres del Señor”, los *anawim* de Yahvé. Ella canta con júbilo de espíritu, diciendo: “Los arcos de los fuertes fueron quebrados, y los débiles se ciñeron de poder. Los saciados se alquilaron por pan, y los hambrientos dejaron de tener hambre; hasta la estéril ha dado a luz siete veces, y la que tenía muchos hijos languidece. Él levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor” (1 Sam 2, 4-5.8). Los fuertes de este mundo, disfrutando de todos sus placeres normales, sus vidas llenas de comodidades, no entrarán en este misterio de los “pobres del Señor”, de los que tienen gozo sólo en Dios, los que conocen su luz radiante brillando en su corazón e iluminando su mente. Dios levanta al pobre y le ilumina con su gloria. Este es el verdadero camino que debe seguir esta bella muchacha morena, pobre, pero bella, con la belleza del Señor, bronceada con el resplandor de la luz divina. Es una pastora pobre, pero es la amante del mismo Dios.

XIII

“*Apacienta tus cabritos junto a las cabañas de los pastores*” (Ct 1, 8).

Feliz está esta pastora en su pobreza, porque el mismo Señor es su amante. ¡Qué diferentes son las vidas de los ricos, que en su olvido de Dios, y en vez del amor de un amante divino siempre quemando y regocijando sus corazones, tienen sólo un gran vacío en su interior! Esto es porque han hecho de la criatura su dios, y se han olvidado del Señor. Y la criatura no satisface el corazón del hombre. Así pasó muchas veces a Israel en su prosperidad, como predijo Moisés: “Pero *engordó* Jesurun, y tiró coces —*engordaste*, te cubriste de grasa— entonces *abandonó* al Dios que lo hizo, y menospreció la Roca de su Salvación” (Dt 32, 15). El profeta Oseas notó la misma cosa. Dijo: “En sus pastos se *saciaron*, y *repletos* se ensoberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí” (Os 13, 6). Jesús también nos amonesta de no perdernos en la prosperidad, en los placeres de esta vida, y olvidarse de Dios. Dijo: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones *no* se carguen de *glotonería* y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc 21, 34).

Nada nos hace olvidar a Dios más rápidamente que la indulgencia en los placeres innecesarios de esta vida; y uno de los más peligrosos de estos placeres es el comer comida designada sólo para dar placer, y comerla hasta el punto de hartarse y engordarse. Haciendo así, entramos en la peor parte del ser rico que es el vivir para los placeres innecesarios y mundanos, dividiendo nuestro corazón entre ellos, hasta que no podemos ofrecer a Dios un corazón puro e indiviso que se guarda sólo para él, su único Señor, su único tesoro, su único gozo en este mundo. Estando divididos así, no podemos *experimentar*, tanto como Dios quiere, la belleza de su amor y resplandor en nuestro corazón y mente. Y haciendo así, nunca llegaremos al punto de ser perfectamente y completamente purificados de los placeres de los cinco sentidos para poder vivir la mayoría del tiempo en las alturas, en las cumbres de las montañas, en las cimas de luz. Más bien estaremos en los valles de la oscuridad y de las tinieblas la mayoría del tiempo.

Esta es la razón por la cual los Padres del Desierto y nuestros fundadores y Padres Cistercienses vivían vidas tan austeras. Conocían el gran secreto de que en la *austeridad* de la vida, Dios se *encuentra* más abundantemente; y ellos renunciaron a todo para esto. Esta es la razón por la cual Jesús nos enseñó: “En verdad, os digo, que *difícilmente* entrará un *rico* en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mt 19, 23-24). Es *difícil* para un *rico* entrar en el reino de Dios porque su vida está rodeada de placeres, y por eso su atención está siempre

distraída acá y allá, y está por esta razón normalmente lejos de Dios, y Dios tiene mucha competición en su corazón.

San Pablo también nos amonesta sobre el peligro de las riquezas y placeres de este mundo, enseñándonos a alejarnos de los deseos de la carne. Sabemos que para san Pablo “carne” quiere decir más que simplemente deseos y pecados sexuales. Más bien “la carne” para él significa todo lo que es opuesto a Dios en nuestra vida, incluso los placeres desordenados del cuerpo, que incluyen tanto el paladar como el sexo. Afirma: “Andemos como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias, no en contiendas y envidias, sino vestíos del Señor Jesucristo, y *no* proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 13-14). Debe ser nuestro gran deseo y empeño el estar lo más lejos que podamos de los deseos, de todo tipo, de la carne, para que podamos, al fin, llegar a ser completamente purificados de ellos, y así ser de verdad hijos de la luz.

Si no nos convertimos a tiempo, seremos como el hombre rico, “que se vestía de púrpura y de lino fino”, y hacía cada día banquetes espléndidos. Cuando murió y fue al Hades, oyó la voz de Abraham diciéndole: “Hijo, acuérdate que recibiste *tus* bienes en tu vida y Lázaro también males; pero ahora este es consolado aquí, y tú atormentado” (Lc 16, 19-25). ¿Por qué fue atormentado en el Hades? Parece ser porque vivía en esplendidez. Vivía completamente encerrado en sus propios placeres, en los placeres de su cuerpo, en los placeres de su carne; y se olvidó de Dios y de la alegría verdadera del espíritu. Vivía completamente para los placeres del mundo, de esta vida; y por ello *ya ha tenido su recompensa*. ¡Fue muy lejos del ideal de vivir *sólo para Dios* y hallar todo el gozo de su vida sólo en él!

Por eso Santiago nos dice: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Habéis *engordado* vuestros corazones como en día de matanza” (St 5, 1-5).

Esta es la vida según la carne, en el sentido de san Pablo. Los que viven así viven por el placer de su carne, de su cuerpo, y por los honores de este mundo. Y san Pablo nos dice: “vestíos del Señor Jesucristo, y *no* proveáis para los deseos de la carne” (Rom 13, 14). Más bien, él nos dice: “Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz” (Rom 13, 11-12).

Somos hijos del día y de la luz, andemos pues, como hijos de la luz, no en las tinieblas, ni en los placeres innecesarios de la carne, del cuerpo, y de la vida en general; sino más bien caminemos en la luz. Pero “esta es la condenación: que la luz, vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn 3, 19-20). No seamos así, más bien seamos como Cristo nos hizo, como afirma san Pablo: “todos vosotros sois hijos de *luz* e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas” (1 Ts 5, 5). Por eso: “Andad en el *Espíritu*, y *no* satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne” (Gal 5, 16-17). Y “el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gal 6, 8).

Esta novia del cantar, que es una pastora pobre, en su pobreza —que es tanto espiritual como material— es una persona de la *luz*. Es por eso que Dios la ama tanto y la llena con su amor. Es porque ella es una de los “pobres del Señor” y porque está tan enamorada de Dios que lo busca en los lugares más remotos, desde el desierto hasta la cumbre de Amana, y “desde las guaridas de los leones...y los montes de los leopardos” (Ct 4, 8), hasta “los

agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” (Ct 2, 14), y también hasta el “monte de la mirra” y el “collado del incienso” (Ct 4, 6).

Ella va a los confines de la tierra buscando el amado de su corazón. Deja todo por él, y así encuentra todo en él y lo *experimenta* abundantemente, hasta que su cabaña en las montañas, donde ella se va para sus encuentros amorosos entre de los árboles aromáticos, es transformada para ella en su imaginación en una casa imponente con “las vigas...de cedro, y de ciprés los artonados” (Ct 1, 17). El Señor es tan íntimamente unido a ella que él es como “un manojito de mirra” que reposa entre sus pechos (Ct 1, 13). Ella es tan encantada con este encuentro nocturno que para ella aun su lecho de amor es hecho de un leño que brota flores, y ella dice: “Nuestro lecho es de flores” (Ct 1, 16)

¡Cuán lejos está esta muchacha bella y pobre de los placeres de los ricos, de los placeres de la carne, de los cuales san Pablo nos amonesta, diciendo: “si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Rom 8, 13)! Una persona que vive por la carne o “conforme a la carne” no puede enamorarse de Dios, porque para personas así es como si Dios no existiera, y ellos tienen prácticamente ninguna experiencia de él.

Ella, en cambio, vive una vida divinizada, llena del amor, del amor divino. San Pablo también dice: “el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del espíritu es vida y paz” (Rom 8, 6). El pensar según la carne es muerte porque es siempre buscando placer por sí mismo, placeres del cuerpo o de la vanidad. Todo esto es la muerte del espíritu y de la vida con Dios. En cambio, el modo de pensar del espíritu es “vida y paz”, es verdadera vida y verdadera alegría, y nos llena de amor; mientras que el seguir la carne nos deja con un gran vacío y tristeza interior. Y Pablo añade: “y los que están *en* la carne no pueden agradar a Dios” (Rom 8, 8). Los que tienen su vida, su interés, y sus deseos en la carne están *en* la carne y viven *según* la carne. Al vivir así no pueden agradar a Dios. Al contrario están lejos de él. Dios nunca pudiera ser su amante en el sentido apasionado que vemos entre esta bella muchacha y Dios. Es imposible. En efecto, ella no vive *en* la carne, es decir, *según* la carne y sus deseos. Los ha completamente mortificado.

El profeta Amos nos da un ejemplo de quienes viven en, por, y según la carne. Son los ricos de Samaria de su tiempo. Ellos “duermen —dice Amos— en camas de marfil y reposan sobre sus lechos, y comen corderos del rebaño, y los novillos de en medio del engordadero; gorjean al son de la flauta, e inventan instrumentos musicales, como David; beben vino en tazones, y se ungen con los ungüentos más preciosos; y no se afligen por el quebrantamiento de José. Por tanto, ahora irán a la cabeza de los que van a la cautividad, y se acercará el duelo de los que se entregan a los placeres” (Amos 6, 4-7).

Estas personas viven sólo para sí mismas y sus propios placeres corporales. Viven para su carne. Viven según la carne y sus deseos. Su vida está rodeada de placeres que son mundanos y completamente innecesarios. Se han olvidado de Dios y del destino de su pueblo. Por eso serán los primeros en ir a la cautividad. Entrarán en la tristeza “de los que se entregan a los *placeres*” (Amos 6, 7).

Al contrario, los “pobres del Señor” son exactamente lo opuesto de estos. Son humildes y mansos. Son quebrantados y menospreciados. No tienen nada en este mundo, y por eso sólo viven para Dios; y él los cuida e ilumina. Las personas mundanas, al contrario, viven una vida de glotonería, viven para el placer de su paladar.

Isaías también describe la vida mundana de los que viven para este mundo, y describe el fin de ellos: “¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad, hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra?... ¡Ay de los que se levantan de

mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y *no miran las obras del Señor*, ni consideran la obra de sus manos. *Por tanto*, mi pueblo fue llevado *cautivo*, porque *no tuvo conocimiento*; y su gloria pereció de hambre, y su multitud se secó de sed. Por eso ensanchó su interior el Seol, y sin medida extendió su boca; y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que en él se regocijaba” (Is 5, 8.11-14).

Estos son los que se han olvidado de Dios: “y no miran la obra del Señor, ni consideran la obra de sus manos” (Is 5, 12). Esta es la razón para la cual van al cautiverio: “*Por tanto*, mi pueblo fue llevado *cautivo*, porque *no tuvo conocimiento*” (v.13). Por esta razón (el olvidarse de Dios) va al infierno: “*Por eso* ensanchó su interior el Seol y allá descenderá la gloria de ellos” (Is 5, 14).

¡Qué vida disipada es esta! ¡Qué lejos del amor de Dios y de la belleza de su resplandor! Esto, para ellos, es algo que ni siquiera perciben. Sus sentidos están completamente ocupados con impresiones y placeres del mundo, y su mente, alma, espíritu, y corazón son llenos de estas cosas. Las potencias de su espíritu están completamente envueltas en estos placeres. Tales cosas y actividades del mundo llenan sus pensamientos, imaginación, memoria, y deseos. No hay lugar para Dios y su amor en ellos. Son ahogados por las riquezas y placeres de la vida. Son como las semillas que cayeron entre espinos: “... estos son los que oyen, pero yéndose, son *ahogados*, por los afanes, las riquezas y los *placeres* de la vida, y *no* llevan fruto” (Lc 8, 14).

¡Qué diferente es esta bella muchacha morena, esta pobre y humilde pastora que apacienta sus “cabritas junto a las cabañas de los pastores” (Ct 1, 8)! Sus refugios donde ella tiene sus encuentros amorosos con su amante divino no son las casas de los ricos, que se han olvidado de Dios, sino moradas humildes, perdidas en la belleza de la naturaleza: una enramada en un jardín, donde “a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas, nuevas y añejas, que para ti, oh amado mío, he guardado” (Ct 7, 13).

O vive en una cueva en un risco, dominando con la vista al mar, “en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” (Ct 2, 14). ¡Qué simplicidad y pobreza es esta!, ¡pero qué bella, qué llena de Dios; y qué austero modo de vida ella habría haber tenido para poder vivir así! Ella vive en su agujero de la peña, como el justo de Isaías que “morará en las alturas; picachos rocosos serán su alcázar, con abasto de pan y provisión de agua. Sus ojos verán al rey en su hermosura; verán la tierra que está a lo lejos” (Is 33, 16-17). ¿Pudiéramos nosotros vivir así, sólo por Dios, en una pobreza tan santa, tan bella y tan llena de Dios?

O también ella vive en el desierto. ¿Qué lugar hay más lejos del mundo y de sus modos de vida que el mismo desierto? “¿Quién es ésta que sube del desierto, recostada sobre su amado?” (Ct 8, 5). ¿Por qué vive ella en el desierto, sino que quiere vivir sólo por Dios y para Dios, sin distracción, sin ruido, en un santo silencio, en la soledad, para tener una relación más íntima, más profunda con Dios, como su propio amante y esposo? Y encontrándola en el desierto, vemos que ella está completamente penetrada por Dios y su aroma fragante. “¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo, perfumada de mirra y de incienso y de todo polo aromático” (Ct 3, 6). El aroma de su Señor se le pega a sus vestidos y a su cuerpo, y ella exhala perfume “como cinamomo y aspálato” (Sir 24, 15).

No menos aromática es su morada en el monte de la mirra, y en el collado del incienso (Ct 4, 6), donde ella se va para pasar la noche en la belleza de la naturaleza, entre los árboles aromáticos, que susurran en las suaves brisas, desprendiendo sus dulces aromas.

Esta es una pobreza llena de belleza, llena de Dios. Es una riqueza. Es una pobreza aceptada para vivir sólo para Dios, y por eso Dios la llena de su presencia y amor. Allá en sus escondrijos, ella puede meditar sobre las palabras de Dios hasta que su corazón se llena de él.

O en su santa búsqueda de la soledad, para estar a solas con Dios, ella se va hasta los grandes montes, remotos del consorcio humano, moradas de leones y leopardos, y el Señor la encuentra allá, y, enamorado de ella, la invita a venir con él, diciendo: “Ven conmigo desde el Líbano, oh esposa mía; ven conmigo desde el Líbano. Mira desde la cumbre de Amana, desde la cumbre de Senir y de Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos” (Ct 4, 8).

¡Así son los “pobres del Señor”, tan diferentes de los ricos de este mundo! Ella ha dejado todo lo que los ricos buscan, y ha encontrado lo que ellos no encontraron: la verdadera felicidad humana según el plan de Dios, y una vida luminosa, llena de Dios, llena de luz, una vida que se calienta en el resplandor del Altísimo. ¿Y cuántos son los santos que han buscado a Dios así, en las montañas, en el desierto, o en una cueva? ¡Nuestro Padre san Benito empezó su búsqueda de Dios así, dejando completamente al mundo, y viviendo en una cueva!

¡Qué bendita es esta bella muchacha morena, esta pobre pastora, que apacienta sus “cabritos a las cabañas de los pastores” (Ct 1, 8)! Ella es verdaderamente una de los “pobres del Señor”, y por eso ha encontrado todo, mientras que los ricos de este mundo, en búsqueda de sus placeres, han sido dejados vacíos.

